

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año XLIII

NUMEROS 664-665-666

JULIO-AGOSTO-SEPTIEMBRE

1986

SUMARIO

EDITORIAL por J.M.P.

CATEQUESIS DE JUAN PABLO II sobre los ángeles (del 9 de julio hasta el 30 agosto)

MAGISTERIO DE PAULO VI SOBRE EL DEMONIO (15 nov. 1972)

EL PRIMER ENEMIGO: SATANAS

Enrique Ramière, S.I.

EL MAL ESPIRITU Y LOS EJERCICIOS DE S. IGNACIO

Ramón Orlandis, S.I.

LA INTERVENCION DIABOLICA EN LA VIDA DE LOS PUEBLOS

José M.º Mundó, S.I.

MARIA PLASTARA LA CABEZA DEL DIABLO

San Luis M.º Grignon de Montfort

LA IGLESIA DE CRISTO, AHORA POR PERMISION DIVINA EN MANOS DE SATAN, EL ADVERSARIO

Roberto Cayuela, S.I.

TENTACION DE SATANAS Y PECADO DEL HOMBRE (De SIGNO DE CONTRADICION, Cardenal Wojtyla)

EL TRIUNFO DEL CORAZON DE MARIA Y LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Eduardo Vivas Llorens

EL BEATO JOSE M.º RUBIO PERALTA, APOSTOL DEL CORAZON DE JESUS

Rafael Ceñal, S.J.

EN EL CENTENARIO DE GARCIA MORENTE

Eudaldo Forment

AMETE A TI Y ABORREZCAME A MI

Luis Creus Vidal

IN MEMORIAM: MANUEL DE ARQUER CLADELLAS

Francisco de P. Gomis Casas

ADMINISTRACION:

Lauria, 19, 2.º, 1.ª - 08010

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano M.ºs

LOS ANGELES

En sucesivas catequesis, aprovechando las audiencias generales de cada miércoles, durante los meses veraniegos de julio y agosto, Su Santidad Juan Pablo II ha desarrollado el tema de los ángeles. Los ángeles buenos y los ángeles malos, como recuerda el Papa. Al cristiano corriente, a quien se le silencia sistemáticamente el magisterio constante, luminoso y vibrante de nuestro Santo Padre, no llega la oportuna y aún urgente doctrina pontificia que, de nuevo, nos alimenta y sana con tan profundas palabras. Al dedicar gran parte de este número al tema elegido por el Papa queremos hacernos altavoces de su doctrina. Para ayudar al lector hemos recordado también algunas de las enseñanzas —no menos claras— del querido Papa Pablo VI, igualmente silenciadas. En estas palabras introductorias queremos señalar tres aspectos:

1) Existen los ángeles, seres puramente espirituales y personales que sirven a Dios y protegen a cada hombre, función y nación.

2) Algunos de estos ángeles se rebelaron contra Dios, y se negaron a aceptar el Sumo Bien, prefiriendo, en su obcecación, transformarse en odiadores de Dios y, por ello, en enemigos de los hombres, cuya perdición buscan y procuran. Sin esta seducción y engaño no se explicarían todas las calamidades humanas personales y colectivas.

3) El peor pecado del hombre es el que le asemeja a Satanás, es decir, elegir su propio reino, en lugar del Reino de Dios. El pecado que no puede ser perdonado es el de rechazar la misericordia divina.

La seducción actual del Diablo, consiste, como lo expresó proféticamente el padre Ramière S.I., fundador del Apostolado de la Oración y propagador incansable de la devoción al Corazón de Jesús, en inculcar el odio a través de la fraternidad, la esclavitud en nombre de la libertad, el rechazo de Dios en nombre de la filantropía. Por eso Satanás ha conseguido, en palabras del Papa, que no se crea en su existencia. Hay muchos que confunden el origen inmediato de nuestra civilización descreída, creyendo que hay todavía restos de cristianismo en nuestras más representativas manifestaciones sociales y políticas, cuando en realidad están dominadas por su perversa caricatura. No nos dejemos engañar por una falsa perspectiva. La verdad es la que recuerda Juan Pablo II en su audiencia del 13 de agosto: «la presencia de Satanás en la historia de la humanidad se hace más fuerte a medida que el hombre y la sociedad se alejan de Dios».

J. M. P.



ORACION A SAN MIGUEL ARCANGEL

«¡Oh, Arcángel San Miguel! defiéndenos en la batalla: contra la perversidad y asechanzas del demonio, sé nuestra defensa. "Reprímale Dios", suplicantes pedimos; y tú, oh príncipe de la milicia celestial, arroja al infierno con el divino poder a Satanás y a los demás espíritus malignos que vagan por el mundo para la perdición de las almas.»

Catequesis de Juan Pablo II sobre los ángeles

(Del 9 de julio al 20 de agosto)

Creador de todo lo visible e invisible

Audiencia general del miércoles 9 de julio

Nuestras catequesis sobre Dios, Creador del mundo, no podían concluirse sin dedicar una atención adecuada a un contenido concreto de la Revelación divina: la creación de los seres puramente espirituales, que la Sagrada Escritura llama «ángeles». Tal creación aparece claramente en los símbolos de la fe, especialmente en el símbolo niceno-constantinopolitano: Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas (esto es, entes o seres) «visibles e invisibles». Sabemos que el hombre goza, dentro de la creación, de una posición singular: gracias a su cuerpo pertenece al mundo visible, mientras que por el alma espiritual, que vivifica el cuerpo, se halla casi en el confín entre la creación visible y la invisible. A esta última, según el Credo que la Iglesia profesa a la luz de la Revelación, pertenecen otros seres puramente espirituales; por consiguiente, no propios del mundo visible, aunque estén presentes y actuantes en él. Ellos constituyen un mundo específico.

Hoy, igual que en tiempos pasados, se discute con mayor o menor sabiduría acerca de estos seres espirituales. Es preciso reconocer que, a veces, la confusión es grande, con el consiguiente riesgo de hacer pasar como fe de la Iglesia respecto a los ángeles cosas que no pertenecen a la fe o, viceversa, de dejar de lado algún aspecto importante de la verdad revelada. La existencia de los seres espirituales que la Sagrada Escritura habitualmente llama «ángeles», era negada ya en tiempos de Cristo por los saduceos (cf. Act. 23,8). La niegan también los materialistas y racionalistas de todos los tiempos. Y, sin embargo, como agudamente observa un teólogo moderno, «si quisiéramos desembarazarnos de los ángeles se debería revisar radicalmente la misma Sagrada Escritura y con ella toda la historia de la salvación» (A. Winkholfer, «Die Welt der Engel», Ettl 1961, pág. 144, nota 2; en «Mysterium salutis», II, 2, pág. 726). Toda la Tradición es unánime sobre esta cuestión. El credo de la Iglesia en el fondo es un eco de cuanto Pablo escribe a los colosenses: «Porque en El (Cristo) fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fue creado por El y para El» (Col. 1, 16). O sea, Cristo que, como Hijo-Verbo eterno y consubstancial al Padre, es «primogénito de toda creatura» (Col. 1, 15), está en el centro del universo como razón y quicio de toda la creación, como ya hemos visto en las catequesis precedentes y como todavía veremos cuando hablemos más directamente de El.

La referencia al «primado» de Cristo nos ayuda a comprender que la verdad acerca de la existencia y a la acción de los ángeles (buenos y malos) no constituye el contenido central de la Palabra de Dios. En la Reve-

lación, Dios habla en primer lugar «a los hombres... y pasa con ellos el tiempo para invitarlos y admitirlos a la comunión con El», según leemos en la Constitución «Dei Verbum» del Concilio Vaticano II («Dei Verbum», 2). De este modo, «la profunda verdad, tanto de Dios como de la salvación de los hombres», es el contenido central de la Revelación que «resplandece» más plenamente en la persona de Cristo (cf. «Dei Verbum», 2). La verdad sobre los ángeles es, en cierto sentido, «colateral», y, no obstante, inseparable de la Revelación central que es la existencia, la majestad y la gloria del Creador que brillan en toda la creación («visible» e «invisible») y en la acción salvífica de Dios en la historia del hombre. Los ángeles no son, por tanto, criaturas de primer plano en la realidad de la Revelación, y, sin embargo, pertenecen a ella plenamente, tanto que en algunos momentos les vemos cumplir misiones fundamentales en nombre del mismo Dios.

Todo esto que pertenece a la creación entra, según la Revelación, en el misterio de la Providencia Divina. Lo afirma de modo ejemplarmente conciso el Vaticano I, que hemos citado ya muchas veces: «Todo lo creado por Dios lo conserva y lo dirige con su Providencia "extendiéndose de un confín al otro con fuerza y gobernando con bondad todas las cosas" (cf. Sab. 8, 1). "Todas las cosas están desnudas y manifiestas a sus ojos" (cf. Heb. 4, 13), «hasta aquello que tendrá lugar por libre iniciativa de las criaturas"» (DS 3.003). La Providencia abraza, por tanto, también el mundo de los espíritus puros, que aún más plenamente que los hombres son seres racionales y libres. En la Sagrada Escritura encontramos preciosas indicaciones que les conciernen. Hay la revelación de un drama misterioso, pero real, que afectó a estas criaturas angélicas, sin que nada escapase a la eterna Sabiduría, la cual con fuerza (fortiter) y al mismo tiempo con bondad (suaviter) todo lo lleva a cumplimiento en el reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Reconozcamos ante todo que la Providencia, como amorosa sabiduría de Dios, se ha manifestado precisamente al crear seres puramente espirituales, por los cuales se expresa mejor la semejanza de Dios en ellos, que superan en mucho todo lo que ha sido creado en el mundo visible junto con el hombre, también él imborrable imagen de Dios. Dios, que es Espíritu absolutamente perfecto, se refleja sobre todo en los seres espirituales que, por naturaleza, esto es, a causa de su espiritualidad, están mucho más cerca de El que las criaturas-materiales y que constituyen casi el «ambiente» más cercano al Creador. La Sagrada Escritura ofrece un testimonio bastante explícito de esta máxima cercanía a Dios de los ángeles, de los cuales habla, con lenguaje figurado, como del «trono» de Dios, de sus «ejércitos», de su «cielo». Ella ha inspirado la poesía y el arte de los siglos cristianos que nos presentan a los ángeles como la «corte de Dios».

La existencia de los ángeles, era negada ya, en tiempos de Cristo por los saduceos. La niegan también los materialistas y racionalistas de todos los tiempos (Juan Pablo II, catequesis del 9 de julio).

Los ángeles, divididos en buenos y malos

Audiencia del miércoles 23 de julio

Continuamos hoy nuestra catequesis sobre los ángeles, cuya existencia, querida por un acto del amor eterno de Dios, profesamos con las palabras del símbolo niceno-constantinopolitano: «Creo en Dios, Padre omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles.»

En la perfección de su naturaleza espiritual, los ángeles están llamados desde el comienzo, en virtud de su inteligencia, a conocer la verdad y a amar el bien que conocen en la verdad de forma más plena y perfecta de lo que es posible al hombre. Este amor es el acto de una voluntad libre, por lo cual también para los ángeles la libertad significa posibilidad de realizar una opción a favor o en contra del bien que conocen, es decir, Dios mismo.

Es necesario repetir aquí lo que ya recordamos a su tiempo a propósito del hombre: Creando a los seres libres, Dios quiso que en el mundo se realizase aquel amor verdadero que es posible solamente sobre la base de la libertad. Dios quiso, pues, que la criatura, creada a imagen y semejanza de su Creador, pudiese, de la forma más completa posible, hacerse semejante a El, Dios, que «es amor» (1 Juan 4, 16).

Creando los espíritus puros como seres libres, Dios, en su providencia, no podía dejar de prever también la posibilidad del pecado de los ángeles. Pero justamente, porque la Providencia es sabiduría eterna que ama, Dios habría sabido obtener de la historia de este pecado, incomparablemente más radical por el hecho de ser pecado de un espíritu puro, el definitivo bien de todo el cosmos creado.

De hecho, como dice claramente la Revelación, el mundo de los espíritus puros aparece dividido en buenos y malos. Ahora bien, esta división no se ha realizado por creación de Dios, sino en base a la libertad propia de la naturaleza espiritual de cada uno de ellos. Se ha realizado mediante la opción que para los seres puramente espirituales posee un carácter incomparablemente más radical que la opción del hombre y es «irreversible» dado el grado de intuición y de penetración del bien de que está dotada su inteligencia. A este respecto, se debe decir también que los espíritus puros han sido sometidos a una prueba de carácter moral.

Fue una opción decisiva concerniente, en primer lugar, a Dios mismo, un Dios conocido de forma más esencial y directa de lo que es posible al hombre, un Dios que a estos seres espirituales les había hecho el regalo, antes que al hombre, de participar de su naturaleza divina.

En el caso de los espíritus puros, la opción decisiva correspondía, en primer lugar, a Dios mismo, primero y supremo bien, aceptado o rechazado de forma más esencial y directa de cuanto pueda suceder en el ámbito de acción de la libre voluntad del hombre. Los espíritus puros tienen un conocimiento de Dios incomparablemente más perfecto que el hombre, porque con la potencia de su entendimiento, no condicionado ni limitado por la mediación del conocimiento sensible, ven hasta en el fondo la grandeza del ser infinito, de la primera Verdad, del sumo Bien.

A esta sublime capacidad de conocimiento de los espíritus puros, Dios ofrece el misterio de su divinidad, haciéndolos así partícipes, mediante la gracia, de su infinita gloria. Justamente por el hecho de ser seres de naturaleza espiritual, existía en su entendimiento la capacidad, el deseo de esta elevación sobrenatural a la que Dios los había llamado, para hacer de ellos, mucho antes que del hombre, «partícipes de la naturaleza divina» (Cfr. 2 Ped. 1,4), partícipes de la vida íntima de Aquel que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, de Aquel que en la comunión de las tres Divinas Personas «es amor» (1 Juan 4, 16). Dios había admitido a todos los espíritus puros, primeramente y más que al hombre, a la eterna comunión del amor.

La opción operada sobre la base de la verdad sobre Dios, conocida de forma superior en base a la lucidez de sus inteligencias, ha dividido también al mundo de los espíritus puros en buenos y malos: Los buenos han elegido a Dios, como bien supremo y definitivo, conocido a la luz del entendimiento iluminado por la Revelación. Haber elegido a Dios significa que se han dirigido a El con toda la fuerza interior de su libertad, fuerza que es amor. Dios se ha convertido en el total y definitivo objetivo de su existencia espiritual.

Los otros, en cambio, han vuelto las espaldas a Dios en contra de la verdad del conocimiento que señalaba en El el bien total y definitivo. Han elegido contra la Revelación del misterio de Dios, contra su gracia, que los hacía partícipes de la Trinidad y de la amistad eterna con Dios en la comunión con El mediante el amor.

En base a su libertad creada han hecho una opción radical e irreversible, análoga a la de los ángeles buenos, pero diametralmente opuesta: En lugar de una aceptación de Dios llena de amor le han opuesto un rechazo inspirado por un falso sentimiento de autosuficiencia, de aversión y hasta de odio, que se ha transformado en rebelión.

¿Cómo comprender semejante oposición y rebelión contra Dios en seres dotados de tan viva inteligencia y enriquecidos con tanta luz? ¿Cuál puede ser la radical e irreversible opción contra Dios? ¿De un odio tan profundo hasta poder aparecer únicamente fruto de la locura? Los Padres de la Iglesia y los teólogos no dudan en hablar de «obcecación» producido por la supervaloración de la perfección del propio ser, impulsada hasta el punto de ocultar la supremacía de Dios, que exigía, en cambio, un acto de dócil y obediente sumisión.

Todo esto parece expresado de forma concisa en las palabras «¡no te serviré!» (Jer. 2, 20), que manifiestan la radical e irreversible negativa a tomar parte en la edificación del Reino de Dios en el mundo creado.

«Satanás», el espíritu rebelde, quiso el propio reino, no el de Dios, y se erigió en primer «enemigo» del Creador, en opositor de la Providencia, en antagonista de la sabiduría amorosa de Dios.

De la rebelión y del pecado de «Satanás», como también del pecado del hombre, debemos concluir admitiendo la sabia experiencia de la Escritura, que afirma: «El orgullo es causa de ruina» (Tb. 4, 13).

De la rebelión y del pecado de «Satanás», como también del pecado del hombre, debemos concluir admitiendo la sabia experiencia de la Escritura, que afirma: «El orgullo es causa de ruina» (Juan Pablo II, catequesis del 23 de julio).

El ministerio de los ángeles

Audiencia general del miércoles 30 de julio

En la catequesis anterior nos hemos detenido en el artículo del credo con el cual proclamamos y confesamos a Dios creador no sólo de todo el mundo creado, sino también de las «cosas invisibles», y nos hemos detenido en el tema de la existencia de los ángeles llamados a declararse en favor de Dios o contra Dios mediante un acto radical e irreversible de adhesión o de rechazo de su voluntad de salvación.

Según la Sagrada Escritura, los ángeles, en cuanto criaturas puramente espirituales, se presentan a la reflexión de nuestra mente como una especial realización de la «imagen de Dios», Espíritu perfectísimo, como Jesús mismo recuerda a la mujer samaritana con las palabras: «Dios es espíritu» (Jn 4, 24). Los ángeles son, desde este punto de vista, las criaturas más cercanas al modelo divino. El nombre que la Sagrada Escritura les atribuye indica que lo que más cuenta en la Revelación es la verdad sobre las tareas de los ángeles respecto a los hombres: ángel (angelus) quiere decir, en efecto, «mensajero». El término hebreo «malak», usado en el Antiguo Testamento, significa más propiamente «delegado» o «embajador». Los ángeles, criaturas espirituales, tienen función de mediación y de ministerio en las relaciones entre Dios y los hombres. Bajo este aspecto la Carta a los Hebreos dirá que, Cristo se le ha dado un «nombre» y, por tanto, un ministerio de mediación, muy superior al de los ángeles (cf. Heb. 1, 4).

El Antiguo Testamento subraya sobre todo la especial participación de los ángeles en la celebración de la gloria que el Creador recibe como tributo de alabanza por parte del mundo creado. Los salmos de modo especial se hacen intérpretes de esa voz cuando proclaman, por ejemplo: «Alabad al Señor en el cielo, alabad al Señor en lo alto. Alabadlo, todos sus ángeles...» (Sal. 148, 1-2). De modo semejante, el salmo 102 (103): «Benedicid a Yavé vosotros sois sus ángeles; que sois poderosos y cumplís sus órdenes, prontos a la voz de su palabra» (Sal. 102/103, 20). Este último versículo del salmo 102 indica que los ángeles toman parte, a su manera, en el gobierno de Dios sobre la creación, como «poderosos ejecutores de sus órdenes», según el plan establecido por la Divina Providencia. A los ángeles está confiado en particular un cuidado y solicitud especiales para con los hombres, en favor de los cuales presentan a Dios sus peticiones y oraciones, como recuerda, por ejemplo, el libro de Tobías (cf. especialmente Tob 3, 17 y 12, 12), mientras el salmo 90 proclama: «a sus ángeles ha dado órdenes...; te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en la piedra» (cf. Sal. 90/91, 11-12). Siguiendo el libro de Daniel, se puede afirmar que las funciones de los ángeles como embajadores del Dios vivo se extienden no sólo a cada uno de los hombres y a aquellos que tienen funciones especiales, sino también a enteras naciones (Dan 10, 13-21).

El Nuevo Testamento puso de relieve las tareas de los ángeles respecto a la misión de Cristo como Mesías y, ante todo, con relación al misterio de la encarnación del Hijo de Dios, como constatamos en la narración de la anunciación del nacimiento de Juan Bautista (cf. Lec. 1,

11), de Cristo mismo (cf. Lc. 1, 26), en las explicaciones y disposiciones dadas a María y José (cf. Lc. 1, 30-37; Mt. 1, 20-21), en las indicaciones dadas a los pastores la noche del nacimiento del Señor (cf. Lc. 2, 9-15), en la protección del recién nacido ante el peligro de la persecución de Herodes (cf. Mt. 2, 13).

Más adelante los Evangelios hablan de la presencia de los ángeles durante el ayuno de Jesús en el desierto a lo largo de cuarenta días (cf. Mt. 4, 11) y durante la oración en Getsemaní (Lc. 22, 43). Después de la resurrección de Cristo será también un ángel, quien se apareció en forma de un joven y quien dirá a las mujeres que habían acudido al sepulcro y estaban sorprendidas por el hecho de encontrarlo vacío: «No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí... Pero id a decir a sus discípulos...» (Mc. 16, 6-7). María Magdalena, que se ve privilegiada por una aparición personal de Jesús, ve también a dos ángeles (Jn. 20, 12-17; cf. también Lc. 24, 4). Los ángeles «se presentan» a los apóstoles después de la desaparición de Cristo para decirles: «Hombres de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido arrebatado de entre vosotros al cielo vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Act. 1, 11). Son los ángeles de la vida, de la pasión y de la gloria de Cristo. Los ángeles de Aquél que, como escribe San Pedro, «está a la diestra de Dios, después de haber ido al cielo, una vez sometidos a El ángeles, potestades y poderes» (1 Pe 3, 22).

Si pasamos a la nueva venida de Cristo, es decir, a la «parusía», haremos que todos los sinópticos hacen notar que «el Hijo del hombre... vendrá en la gloria de su Padre con los santos ángeles» (así Mc. 8,38; Mt. 16, 27; y Mt. 25, 31 en la descripción del juicio final; y Lc. 9,26; cf. también San Pablo, 2 Tes. 1, 7). Se puede, por tanto, decir que los ángeles, como espíritus puros, no sólo participan en el modo que les es propio de la santidad del mismo Dios, sino que en los momentos-clave rodean a Cristo y lo acompañan en el cumplimiento de su misión salvífica respecto a los hombres. De igual modo también toda la Tradición y el Magisterio ordinario de la Iglesia han atribuido a lo largo de los siglos a los ángeles este carácter particular y esta función de ministerio mesiánico.

Las funciones de los ángeles como embajadores del Dios vivo se extienden no sólo a cada uno de los hombres y a aquellos que tienen funciones especiales, sino también a enteras naciones (Dan 10, 13-21) (Juan Pablo II, catequesis del 30 de julio).

La participación de los ángeles en la historia de la salvación

Audiencia del miércoles 6 de agosto

1. En las últimas catequesis hemos visto cómo la Iglesia, iluminada por la luz que proviene de la Sagrada Escritura, ha profesado a lo largo de los siglos la verdad sobre la existencia de los ángeles como seres puramente espirituales, creados por Dios. Lo ha hecho desde el comienzo con el Símbolo niceno-constantinopolitano y lo ha confirmado en el Concilio Lateranense IV (1215), cuya formulación ha tomado el Concilio Vaticano I en el contexto de la doctrina sobre la creación: Dios «creó de la nada juntamente al principio del tiempo, a ambas clases de creaturas: **las espirituales y las corporales**, es decir, el mundo angélico y el mundo terrestre; y después, la creatura humana que, compuesta de espíritu y cuerpo, los abraza, en cierto modo, a los dos» (Const. **De fide Cath.**, DS 3002). O sea: Dios creó desde el principio ambas realidades: la espiritual y la corporal, el mundo terreno y el angélico. Todo lo que El creó juntamente («simul») en orden a la creación del hombre, constituido de espíritu y de materia y colocado según la narración bíblica en el cuadro de un mundo ya establecido según sus leyes y ya medido por el tiempo («deinde»).

2. Juntamente con la existencia, la fe de la Iglesia reconoce ciertos rasgos distintivos de la naturaleza de los ángeles. Su fe puramente espiritual implica ante todo su **no materialidad** y su **inmortalidad**. Los ángeles no tienen «cuerpo» (si bien en determinadas circunstancias se manifiestan bajo formas visibles, a causa de su misión en favor de los hombres), y por tanto no están sometidos a la ley de la corruptibilidad que une todo el mundo material. Jesús mismo, refiriéndose a la condición angélica, dirá que en la vida futura los resucitados «(no) pueden morir y son semejantes a los ángeles» (Lc 20, 36).

3. En cuanto creaturas de naturaleza espiritual los ángeles **están dotados de inteligencia y de libre voluntad**, como el hombre, pero **en grado superior a él**, si bien siempre finito, por el límite que es inherente a todas las creaturas. Los ángeles son pues **seres personales** y, en cuanto tales, son también ellos, «imagen y semejanza» de Dios. La Sagrada Escritura se refiere a los ángeles utilizando también **apelativos** no sólo **personales** (como los nombres propios de Rafael, Gabriel, Miguel), sino también **colectivos** (como las calificaciones de: Serafines, Querubines, Tronos, Potestades, Dominaciones, Principados), así como realiza una distinción entre Angeles y Arcágeles. Aun teniendo en cuenta el lenguaje analógico y representativo del texto sacro, podemos deducir que estos seres-personas, **casi agrupados en sociedad**, se subdividen en órdenes y grados, correspondientes a la medida de su perfección y a las tareas que se les confía. Los autores antiguos y la misma liturgia hablan también de los **coros angélicos** (nueve, según Dionisio el Aeropagita). La teología, especialmente la patristica y medieval, no ha rechazado estas representaciones tratando en cambio de darle una explicación doctrinal y mística, pero sin atribuirles un valor absoluto. Santo Tomás ha prefe-

rido profundizar las investigaciones sobre la condición ontológica, sobre la actividad cognoscitiva y volitiva y sobre la elevación espiritual de estas criaturas puramente espirituales, tanto por su dignidad en la escala de los seres, como porque en ellos podía profundizar mejor **las capacidades y actividades** propias del espíritu en el estado puro, sacando de ello no poca luz para iluminar los problemas de fondo que desde siempre agitan y estimulan el pensamiento humano: el conocimiento, el amor, la libertad, la docilidad a Dios, la consecución de su reino.

4. El tema a que hemos aludido podrá parecer «lejano» o «menos vital» a la mentalidad del hombre moderno. Y sin embargo la Iglesia, proponiendo con franqueza toda la verdad sobre Dios creador incluso de los ángeles, cree **prestar un gran servicio al hombre**. El hombre tiene la convicción de que en Cristo, Hombre-Dios, es él (y no los ángeles) quien se halla en el centro de la Divina Revelación. Pues bien, **el encuentro religioso con el mundo de los seres puramente espirituales** se convierte en preciosa revelación de su ser no sólo cuerpo, sino también espíritu, y de su pertenencia a un proyecto de salvación verdaderamente grande y eficaz dentro de una comunidad de seres personales que para el hombre y con el hombre sirven al designio providencial de Dios.

5. Notamos que la Sagrada Escritura y la Tradición llaman propiamente **ángeles** a aquellos espíritus puros que en la prueba fundamental de libertad han elegido a Dios, su gloria y su reino. Ellos están **unidos a Dios** mediante el amor consumado que brota de la visión beatificante, cara a cara, de la Santísima Trinidad. Lo dice Jesús mismo: «Sus ángeles **ven de continuo** en el cielo **la faz de mi Padre**, que está en los cielos» (Mt 18, 10). Ese «ver de continuo la faz del Padre» es **la manifestación más alta de la adoración de Dios**. Se puede decir que constituye esa «**liturgia celeste**», realizada en nombre de todo el universo, a la cual se asocia incesantemente la liturgia terrena de la Iglesia, especialmente en sus momentos culminantes. Baste recordar aquí el acto con el que la Iglesia, cada día y cada hora, en el mundo entero, antes de dar comienzo a la plegaria eucarística **en el corazón de la Santa Misa**, se apela «a los Angeles ya los Arcángeles» para cantar la gloria de Dios tres veces Santo, uniéndose así a aquellos primeros adoradores de Dios, en el culto del misterio inefable de su santidad.

6. También según la Revelación, los ángeles, que participan en la vida de la Trinidad en la luz de la gloria, están también llamados a **tener su parte en la historia de la salvación de los hombres**, en los momentos establecidos por el designio de la Providencia Divina. «¿No son todos ellos espíritus administradores, enviados para servicio en favor de los que han de heredar la salud?», pregunta el autor de la Carta a los Hebreos (1, 14). Y esto cree y enseña la Iglesia, basándose en la Sagrada Escritura por la cual sabemos que tarea de los ángeles buenos es la protección de los hombres y la solicitud por su salvación.

Hallamos estas expresiones en **diversos pasajes de la Sagrada Escritura**, como por ejemplo en el Salmo 90/91, citado ya repetidas veces: «Pues te encomendará a sus ángeles para que te guarden en todos tus caminos, y ellos te levantarán en sus palmas para que tus pies no tropiecen en las piedras» (Sal 90/91, 11-12). Jesús mismo, hablando de los niños y amonestando a no escandalizarlos, se apela a «sus ángeles» (Mt 18, 10). Además, atribuye a los ángeles la función de testigos en el supremo juicio divino sobre la suerte de quien ha reconocido o renegado a Cristo:

«A quien me confesare delante de los hombres, el Hijo del hombre le confesará **delante de los ángeles de Dios**. El que me negare delante de los hombres, será negado **ante los ángeles de Dios**) (Lc 12, 8-9; cf. Ap 3, 5). Estas palabras son significativas porque si los ángeles toman parte en el juicio de Dios, están interesados en la vida del hombre. Interés y participación que parecen recibir una acentuación en el discurso escatológico, en el que Jesús hace intervenir a los ángeles en la parusía, o sea, en la venida definitiva de Cristo al final de la historia (cf. Mt 24, 31; 25, 31, 41).

7. Entre los libros del Nuevo Testamento, los Hechos de los Apóstoles nos hacen conocer especialmente algunos episodios que testimonian la solicitud de los ángeles por el hombre y su salvación. Así, cuando el ángel de Dios libera a los Apóstoles de la prisión (cf. Act 5, 18-20), y ante todo **a Pedro**, que estaba amenazado de muerte por a mano de Herodes (cf. Act 12, 5-10). O cuando guía la actividad de Pedro respecto al centurión Cornelio, el primer pagano convertido (Act 10, 3-8; 11, 12-13), y análogamente la actividad del diácono **Felipe** en el camino de Jerusalén a Gaza (Act 8, 26-29).

De estos pocos hechos citados a título de ejemplo, se comprende cómo en la conciencia de la Iglesia se ha podido formar la persuasión sobre el ministerio confiado a los ángeles en favor de los hombres. Por ello la Iglesia **confiesa su fe en los ángeles custodios**, venerándolos en la liturgia con una fiesta especial, y recomendando el recurso a su protección con una oración frecuente, como en la invocación del «Ángel de Dios». Esta oración parece atesorar las bellas palabras de Sa Basilio: «Todo fiel tiene junto a sí un ángel como tutor y pastor, para llevarlo a la vida» (cf. San Basilio, Adv. Eunomium, III, 1; véase también Santo Tomás, S. Th., I, q. 11, a. 3).

8. Finalmente es oportuno notar que la Iglesia honra con culto litúrgico a **tres figuras** de ángeles, que en la Sagrada Escritura se les llama con un nombre. El primero es **Miguel Arcángel** (cf. Dan 10, 13. 20); Ap 12, 7; Jdt 9). Su nombre expresa sintéticamente la actitud esencial de los espíritus buenos: «Mica-El» significa en efecto: **«¿Quién como Dios?»**. En este nombre se halla expresada pues la elección salvífica gracias a la cual los ángeles «ven la faz del Padre» que está en los cielos. El segundo es **Gabriel**: figura vinculada sobre todo al misterio de la Encarnación del Hijo de Dios (cf. Lc 1, 19. 26). Su nombre significa: **«Mi poder es Dios»** o **«Poder de iDios»**, como para decir que en el culmen de la creación, la Encarnación es el signo supremo del Padre omnipotente. Finalmente el tercer arcángel se llama **Rafael**. «Rafa-El» significa: **«Dios cura»**. El se ha hecho conocer por la historia de Tobías en el Antiguo Testamento (cf. Tob 12, 15. 20, etc.), tan significativa en el hecho de confiar a los ángeles los pequeños hijos de Dios, siempre necesitados de custodia, cuidado y protección.

Reflexionando bien se ve que cada una de estas tres figuras: Mica-El, Gabri-El, Rafa-El reflejan de modo particular la verdad contenida en la **pregunta** planteada por el autor de la **Carta a los Hebreos**: «¿No son todos ellos espíritus administradores, enviados para servicio en favor de los que han de heredar la salud?» (Heb 1, 14).

Satanás, padre de la mentira

Audiencia general del 13 de agosto

Continuando el tema de las precedentes catequesis dedicadas al artículo de la fe referente a los ángeles, criaturas de Dios, vamos a explorar el misterio de la libertad que algunos de ellos utilizaron contra Dios y contra su plan de salvación respecto a los hombres.

Como testimonia el evangelista Lucas en el momento en el que los discípulos se reunían de nuevo con el Maestro llenos de gloria por los frutos recogidos en sus primeras tareas misioneras, Jesús pronuncia una frase que hace pensar: «Veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc 10, 18).

Con estas palabras el Señor afirma que el anuncio del reino de Dios es siempre una victoria sobre el diablo, pero al mismo tiempo revela también que la edificación del reino está continuamente expuesta a las insidias del espíritu del mal. Interesarse por esto, como tratamos de hacer con la catequesis de hoy, quiere decir prepararse al estado de lucha que es propio de la vida de la Iglesia en este tiempo final de la historia de la salvación (así como afirma el libro del Apocalipsis (cf. 12,7). Por otra parte, esto ayuda a aclarar la recta fe de la Iglesia frente a aquellos que la alteran exagerando la importancia del diablo o de quienes niegan o minimizan su poder maligno.

Las precedentes catequesis sobre los ángeles nos han preparado para comprender la verdad, que la Sagrada Escritura ha revelado y que la Tradición de la Iglesia ha transmitido sobre Satanás, es decir, sobre el ángel caído, el espíritu maligno, llamado también diablo o demonio.

Esta «caída», que presenta la forma de rechazo de Dios con el consiguiente estado de «condena», consiste en la libre elección hecha por aquellos espíritus creados, los cuales radical e irrevocablemente han rechazado a Dios y su reino, usurpando sus derechos soberanos y tratando de trastornar la economía de la salvación y el ordenamiento mismo de toda la creación. Un reflejo de esta actitud se encuentra en las palabras del tentador a los progenitores: «Seréis como Dios» o «como dioses» (cf. Gén 3,5). Así el espíritu maligno trata de trasplantar en el hombre la actitud de rivalidad, de insubordinación a Dios y su oposición a Dios, que ha venido a convertirse en la motivación de toda su existencia.

En el Antiguo Testamento la narración de la caída del hombre, recogida en el libro del Génesis, contiene una referencia a la actitud de antagonismo que Satanás quiere comunicar al hombre para inducirlo a la transgresión (cf. Gén 3,5). También en el libro de Job (cf. Job 1-11,2,5,7) leemos que Satanás trata de provocar la rebelión en el hombre que sufre. En el libro de la Sabiduría (cf. Sab 2,24), Satanás es presentado como el artífice de la muerte, que entra en la historia del hombre juntamente con el pecado.

La Iglesia, en el Concilio Lateranense IV (1215), enseña que el diablo (o Satanás) y los otros demonios «han sido creados buenos por Dios, pero se han hecho malos por su propia voluntad». Efectivamente, leemos en la Carta de San Judas: «...a los ángeles que no guardaron su principado y abandonaron su propio domicilio los reservó con vínculos eternos bajo tinieblas para el juicio del gran día» (Jds 6). Así también en la segunda Carta de San Pedro se habla de: «ángeles que pecaron» y que Dios «no

perdonó..., sino que, precipitados en el tártaro, los entregó a las cavernas tenebrosas, reservándolos para el juicio» (2 Pe 2,4). Está claro que si Dios «no perdonó» el pecado de los ángeles, lo hace para que ellos permanezcan en su pecado, porque están eternamente «en las cadenas» de esa opción que han hecho al comienzo, rechazando a Dios, contra la verdad del bien supremo y definitivo que es Dios mismo. En este sentido escribe San Juan que: «el diablo desde el principio peca» (1 Jn 3,8). Y «él es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él» (Jn 8,44).

Estos textos nos ayudan a comprender la naturaleza y la dimensión del pecado de Satanás, consistente en el rechazo de la verdad sobre Dios, conocido a la luz de la inteligencia y de la revelación como Bien infinito, amor y santidad subsistente. El pecado ha sido tanto más grande cuanto mayor era la perfección espiritual y la perspicacia cognoscitiva del entendimiento angélico, cuanto mayor era su libertad y su cercanía a Dios. Rechazando la verdad conocida sobre Dios con un acto de la propia libre voluntad, Satanás se convierte en «mentiroso» cósmico y «padre de la mentira» (Jn 8,44). Por eso vive en la radical e irreversible negación de Dios y trata de imponer a la creación, a los otros seres creados a imagen de Dios, y en particular a los hombres, su trágica «mentira sobre el Bien», que es Dios. En el libro del Génesis encontramos una descripción precisa de esa mentira y falsificación de la verdad sobre Dios, que Satanás (bajo la forma de serpiente) intenta transmitir a los primeros representantes del género humano: Dios sería celoso de sus prerrogativas e impondría por ello limitaciones al hombre (cf. Gén 3,5). Satanás invita al hombre a liberarse de la imposición de este juego, haciéndose «como Dios».

En esta condición de mentira existencial Satanás se convierte —según San Juan— también en homicida, es decir, destructor de la vida sobrenatural que Dios había injertado desde el comienzo en él y en las criaturas, hechas a «imagen de Dios»: los otros espíritus puros y los hombres; Satanás quiere destruir la vida según la verdad, la vida en la plenitud del bien, la vida sobrenatural de gracia y de amor. El autor del libro de la Sabiduría escribe: «...por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen» (Sab 2,24). En el Evangelio, Jesucristo amonesta: «...temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehenna» (Mt 10,28).

Como efecto del pecado de los progenitores, este ángel caído ha conquistado en cierta medida el dominio sobre el hombre. Esta es la doctrina constantemente confesada y anunciada por la Iglesia y que el Concilio de Trento ha confirmado en el tratado sobre el pecado original (cf. DS 1511): Dicha doctrina encuentra dramática expresión en la liturgia del bautismo, cuando se pide al catecúmeno que renuncie al demonio y a sus seducciones.

Sobre este influjo en el hombre y en las disposiciones de su espíritu (y del cuerpo) encontramos varias indicaciones en la Sagrada Escritura, en la cual Satanás es llamado «el príncipe de este mundo» (cf. Jn 12,31); 14,30; 16,11) e incluso «el Dios de este siglo» (2 Cor 4,4). Encontramos muchos otros nombres que describen sus nefastas relaciones con el hombre: «Belcebú» o «Belial», «espíritu inmundo», «tentador», «maligno» y, finalmente, «anticristo» (1 Jn 4,3). Se le compara a un «león» (1 Pe 5,8), a un «dragón» (en el Apocalipsis) y a una «serpiente» (Gén 3). Muy frecuentemente para nombrarlo se ha usado el nombre «diablo», del griego «diaballein» (del cual «diabolos»), que quiere decir: causar la destrucción, dividir, calumniar, engañar. Y a decir verdad todo esto sucede desde el

comienzo por obra del espíritu maligno que es presentado en la Sagrada Escritura como una persona, aunque se afirma que no está solo: «somos muchos», gritaban los diablos a Jesús en la región de los gerasenos (Mc 5,9); «el diablo y sus ángeles», dice Jesús en la descripción del juicio futuro (cf. Mt 25,41).

Según la Sagrada Escritura, y especialmente el Nuevo Testamento, el dominio y el influjo de Satanás y de los demás espíritus malignos se extiende al mundo entero. Pensemos en la parábola de Cristo sobre el campo (que es el mundo), sobre la buena semilla y sobre la mala semilla que el diablo siembra en medio del grano tratando de arrancar de los corazones el bien que ha sido «sembrado» en ellos (cf. Mt 13,38-39). Pensemos en las numerosas exhortaciones a la vigilancia (cf. Mt 26, 41; 1 Pe 5,8), a la oración y al ayuno (cf. Mt 17,21). Pensemos en esta fuerte afirmación del Señor: «Esta especie (de demonios) no puede ser expulsada por ningún medio sino es por la oración» (Mc 9,29). La acción de Satanás consiste ante todo en tentar a los hombres para el mal, influyendo sobre su imaginación y sobre sus facultades superiores para poder situarlos en dirección contraria a la ley de Dios. Satanás pone a prueba incluso a Jesús (cf. Lc 4,3-13) en la tentativa extrema de contrastar las exigencias de la economía de la salvación, tal como Dios la ha preordenado.

No se excluye que en ciertos casos el espíritu maligno llegue incluso a ejercitar su influjo no sólo sobre las cosas materiales, sino también sobre el cuerpo del hombre, por lo que se habla de «posesiones diabólicas» (cf. Mc 5,2-9). No resulta siempre fácil discernir lo que hay de preternatural en estos casos, ni la Iglesia condesciende o secunda fácilmente la tendencia a atribuir muchos hechos e intervenciones directas al demonio; pero en línea de principio no se puede negar que, en su afán de dañar y conducir al mal, Satanás puede llegar a esta extrema manifestación de su superioridad.

Debemos finalmente añadir que las impresionantes palabras del Apóstol Juan: «El mundo todo está bajo el maligno» (1 Jn 5, 19), aluden también a la presencia de Satanás en la historia de la humanidad, una presencia que se hace más fuerte a medida que el hombre y la sociedad se alejan de Dios. El influjo del espíritu maligno puede «ocultarse» de forma más profunda y eficaz: pasar inadvertido corresponde a sus «intereses»: La habilidad de Satanás en el mundo es la de inducir a los hombres a negar su existencia en nombre del racionalismo y de cualquier otro sistema de pensamiento que busca todas las escapatorias con tal de no admitir la obra del diablo. Sin embargo, no presupone la eliminación de la libre voluntad y de la responsabilidad del hombre y menos aún la frustración de la acción salvífica de Cristo. Se trata más bien de un conflicto entre las fuerzas oscuras del mal y las de la redención. Resultan elocuentes a este propósito las palabras que Jesús dirigió a Pedro al comienzo de la pasión: «...Simón, Satanás os busca para ahecharos como trigo; pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe» (Lc 22,31).

Comprendemos así por qué Jesús en la plegaria que nos ha enseñado, el «Padrenuestro», que es la plegaria del reino de Dios, termina casi bruscamente, a diferencia de tantas oraciones de su tiempo, recordándonos nuestra condición de expuestos a las insidias del Mal-Maligo. El cristiano, dirigiéndose al Padre con el espíritu de Jesús e invocando su reino, grita con la fuerza de la fe: no nos dejes caer en la tentación, líbranos del Mal, del Maligno. Haz, ¡oh Señor!, que no cedamos ante la infidelidad a la cual nos seduce aquel que ha sido infiel desde el comienzo.

La victoria de Cristo sobre el Diablo

Audiencia general del miércoles 20 de agosto

1. Nuestras catequesis sobre Dios, Creador de las cosas «invisibles», nos ha llevado a iluminar y a vigorizar nuestra fe por lo que respecta a la verdad sobre el maligno o Satanás, no ciertamente querido por Dios, sumo Amor y Santidad, cuya Providencia sapiente y fuerte sabe conducir nuestra existencia a la victoria sobre el príncipe de las tinieblas. Efectivamente, la fe de la Iglesia nos enseña que **la potencia de Satanás no es infinita**. El es sólo una creatura, potente en cuanto espíritu puro, pero siempre una creatura, con los límites de la creatura, subordinada al querer y el dominio de Dios. Si Satanás obra en el mundo por su odio contra Dios y su reino, ello **es permitido por la Divina Providencia** que con potencia y bondad («fortiter et suaviter») dirige la historia del hombre y del mundo. Si la acción de Satanás **ciertamente causa muchos daños** —de naturaleza espiritual e indirectamente de naturaleza también física— a los individuos y a la sociedad, él **no puede**, sin embargo, **anular la finalidad definitiva** a la que tienden el hombre y toda la creación, el bien. El no puede obstaculizar la edificación del reino de Dios, en el cual se tendrá, al final, la plena actuación de la justicia y del amor del Padre hacia las creaturas eternamente «predestinadas» en el Hijo-Verbo, Jesucristo. Más aún, podemos decir con San Pablo que la obra del maligno concurre para el bien y sirve para edificar la gloria de los «elegidos» (cf. 2 Tim 2, 10).

2. Así toda la historia de la humanidad se puede considerar en función de la salvación total, en la cual está inscrita **la victoria de Cristo sobre «el príncipe de este mundo»** (Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11). «Al Señor tu Dios adorarás y a El solo servirás» (Lc 4, 8), dice terminantemente Cristo a Satanás. En un momento dramático de su ministerio, a quien lo acusaba de manera descarada de expulsar los demonios porque estaba aliado con Belcebú, jefe de los demonios, Jesús responde con aquellas palabras **severas y confortantes** a la vez: «Todo reino en sí dividido será desolado y toda ciudad o casa en sí dividida no subsistirá. Si Satanás arroja a Satanás, está dividido contra sí; ¿cómo, pues, subsistirá su reino?... Mas si yo arrojo a los demonios con el poder del espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios» (Mt 12, 25-26. 28). «Cuando un hombre fuerte bien armado guarda su palacio, seguros están sus bienes; pero si llega uno más fuerte que él, le vencerá, le quitará las armas en que confiaba y repartirá sus despojos» (Lc 11, 21-22). Las palabras pronunciadas por Cristo a propósito del tentador encuentran su cumplimiento histórico **en la cruz y en la resurrección del Redentor**. Como leemos en la Carta a los Hebreos, Cristo se ha hecho partícipe de la humanidad hasta la cruz «para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a aquellos que estaban toda la vida sujetos a servidumbre» (Heb 2, 14-15). Esta es la gran certeza de la fe cristiana: «El príncipe de este mundo **est áya juzgado**» (Jn 16, 11); «Y para esto apareció el Hijo de Dios, para **destruir las obras del diablo**» (1 Jn 3, 8), como nos atestigua San Juan. Así, pues, **Cristo cruci-**

ficado y resucitado se ha revelado como el «más fuerte» que ha vencido «al hombre fuerte», el diablo, y lo ha destronado.

De la victoria de Cristo sobre el diablo participa la Iglesia: Cristo, en efecto, ha dado a sus discípulos el poder de arrojar los demonios (cf. Mt 10, 1, y paral.; Mc 16, 17). La Iglesia ejercita tal poder victorioso mediante la fe en Cristo y la oración (cf. Mc 9, 29; Mt 17, 19 s.), que en casos específicos puede asumir la forma del exorcismo.

3. En esta fase histórica de la victoria de Cristo se inscribe el anuncio y el inicio de la victoria final, **la parusía**, la segunda y definitiva venida de Cristo al final de la historia, venida hacia la cual está proyectada la vida del cristiano. También si es verdad que la historia terrena continúa desarrollándose bajo el influjo de «aquel espíritu que —como dice San Pablo— ahora actúa en los que son rebeldes» (Ef 2, 2), los creyentes saben que están llamados a luchar para **el definitivo triunfo del bien**: «No es nuestra lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mudo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires (Ef 6, 12).

4. La lucha, a medida que se acerca el final, se hace **en cierto sentido siempre más violenta**, como pone de relieve especialmente el Apocalipsis, el último libro del Nuevo Testamento (cf. Ap 12, 7-9). Pero precisamente este libro acentúa la certeza que nos es dada por toda la Revelación divina: es decir, que la lucha se **concluirá** con la definitiva **victoria del bien**. En aquella victoria, precontenida en el misterio pascual de Cristo, se cumplirá definitivamente el primer **anuncio del libro del Génesis**, que con un término significativo es llamado proto-Evangelio, con el que Dios amonesta a la serpiente: «Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer» (Gen 3, 15). En aquella fase definitiva Dios, completando el misterio de su paterna Providencia, «liberará del poder de las tinieblas» a aquellos que eternamente ha «predestinado en Cristo» y les «transferirá al reino de su Hijo predilecto» (cf. Col 1, 13-14). Entonces el Hijo someterá al Padre también todo el universo para que «sea Dios en todas las cosas» (1 Cor 15, 28).

5. Con ésta se concluyen las catequesis sobre Dios Creador de las «cosas visibles e invisibles», unidas en nuestro planteamiento con la verdad sobre la Divina Providencia. Aparece claro a los ojos del creyente que **el misterio del comienzo** del mundo y de la historia se une indisolublemente con el **misterio del final**, en el cual la finalidad de todo lo creado llega a su cumplimiento. El Credo, que une así orgánicamente tantas verdades, es verdaderamente la catedral armoniosa de la fe.

De manera progresiva y orgánica hemos podido admirar estupefactos el gran misterio de la inteligencia y del amor de Dios, en su **acción creadora**, hacia el cosmos, hacia el hombre, hacia el mundo de los espíritus puros. De tal acción hemos considerado la matriz trinitaria, su sapiente finalidad relacionada con la vida del hombre, verdadera «imagen de Dios», a su vez llamado a volver a encontrar plenamente su dignidad en la contemplación de la gloria de Dios. Hemos recibido luz sobre uno de los máximos problemas que inquietan al hombre e invaden su búsqueda de la verdad: **el problema del sufrimiento y del mal**. En la raíz no está una decisión errada o mala de Dios, sino su opción, y en cierto modo su riesgo, de crearnos libres para tenernos como amigos. De la libertad ha nacido también el mal. Pero Dios no se rinde, y con su sabiduría

transcendente, predestinándonos a ser sus hijos en Cristo, todo lo dirige con fortaleza y suavidad, para que el bien no sea vencido por el mal.

Debemos ahora dejarnos guiar por la Divina Revelación en la exploración de otros misterios de nuestra salvación. Mientras tanto hemos acogido una verdad que debe estar en el corazón de cada cristiano: cómo existen **espíritus puros**, creaturas de Dios, inicialmente todos buenos, y después por una opción de pecado se dividieron irremediabilmente en ángeles de luz y ángeles de tinieblas. Y mientras la existencia de los ángeles malos nos pide a nosotros el sentido de la vigilancia para no caer en sus halagos, estamos ciertos de que la victoriosa potencia de Cristo Redentor circunda nuestra vida para que también nosotros mismos seamos vencedores. En esto estamos válidamente ayudados por los ángeles buenos, mensajeros del amor de Dios, a los cuales, amaestrados por la tradición de la Iglesia, dirigimos nuestra oración: «Ángel de Dios, que eres mi custodio, ilumíname, custódiame, rígeme y gobiérname, ya que he sido confiado a tu piedad celeste. Amén».

La lucha, a medida que se acerca el final, se hace **en cierto sentido siempre más violenta**, como pone de relieve especialmente el Apocalipsis, el último libro del Nuevo Testamento (cf. Ap 12, 7-9). Pero precisamente este libro acentúa la certeza que nos es dada por toda la Revelación divina: es decir, que la lucha se **concluirá** con la definitiva **victoria del bien**. En aquella victoria, precontenida en el misterio pascual de Cristo, se cumplirá definitivamente el primer **anuncio del libro del Génesis**, que con un término significativo es llamado proto-Evangelio, con el que Dios amonesta a la serpiente: «Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer» (Gen 3, 15). En aquella fase definitiva Dios, completando el misterio de su paterna Providencia, «liberará del poder de las tinieblas» a aquellos que eternamente ha «predestinado en Cristo» y les «transferirá al reino de su Hijo predilecto» (cf. Col 1, 13-14). Entonces el Hijo someterá al Padre también todo el universo para que «sea Dios en todas las cosas» (1 Cor 15, 28) (Juan Pablo II, Catequesis del 20 de agosto).

Magisterio de Pablo VI sobre el demonio

Alocución de 15 de noviembre de 1972

¿Cuáles son hoy las mayores necesidades de la Iglesia?

No os asombre como simplista o, aún más, como supersticiosa e irreal nuestra respuesta: una de las mayores necesidades de la Iglesia es la defensa de aquel mal que llamamos demonio.

La visión cristiana del cosmos y de la vida es triunfalmente optimista

Antes de aclarar nuestro pensamiento os invitamos a que abráis el vuestro a la luz de la fe sobre la visión de la vida humana, visión que desde tal punto de observación se extiende inmensamente y penetra hasta singulares profundidades. A decir verdad, el cuadro que estamos invitados a contemplar con realismo global es muy hermoso. Es el cuadro de la creación, la obra de Dios, que Dios mismo, como espejo exterior de su sabiduría y su potencia, admiró en su belleza sustancial (cf. Gén 1, 10, etc.).

Es también muy interesante el cuadro de la dramática historia de la humanidad, de la que emerge la historia de la redención, la historia de Cristo, de nuestra salvación, con sus magníficos tesoros de revelación, de profecía, de santidad, de vida elevada a nivel sobrenatural, de promesas eternas cf. Ef 1, 10). Si se sabe contemplar bien este cuadro, es imposible no quedar fascinados (cf. San Agustín, **Soliloquios**): todo tiene un sentido, todo tiene un fin, todo tiene un orden y todo deja entrever una Presencia-Transcendencia, un Pensamiento, una Vida y, finalmente, un Amor, de tal modo que el universo, por lo que es y por lo que no es, se nos presenta como una preparación entusiasmante y embriagadora de algo mucho más bello y mucho más perfecto (cf. 1 Cor 2, 9; 13, 12; Rom 8, 19-23).

La visión cristiana del cosmos y de la vida es, pues, triunfalmente optimista; y esta visión justifica nuestra alegría y nuestro reconocimiento

de vivir; por eso cantamos nuestra felicidad celebrando la gloria de Dios (cf. el «**Gloria**» de la misa).

La realidad del mal

Pero, ¿es completa esta visión? ¿Es exacta? ¿No nos importan nada las deficiencias que existen en el mundo, los desajustes de las cosas con respecto a nuestra existencia, el dolor, la muerte, la malicia, la crueldad, el pecado, en una palabra, el mal? ¿No vemos cuánto mal hay en el mundo? Especialmente cuánto mal moral: un mal que es, al mismo tiempo, aunque de forma diversa, contra el hombre y contra Dios. ¿No es quizás un triste espectáculo, un misterio inexplicable? ¿Y no somos nosotros, nosotros precisamente, los que damos culto al Verbo, los cantores del Bien, nosotros, los creyentes, los más sensibles, los más turbados por la observación y por la experiencia del mal? Lo encontramos en el reino de la naturaleza, donde tantas de sus manifestaciones nos parecen denunciar un desorden. Lo hallamos en el ámbito humano, donde encontramos la debilidad, la fragilidad, el dolor, la muerte y algo todavía peor: una doble ley en conflicto continuo: la que querría el bien y la que está dirigida al mal, tormento que San Pablo pone en humillante evidencia para demostrar la necesidad y la fortuna de una gracia salvadora, esto es, de la salvación traída por Cristo (cf. Rom 7); ya el poeta pagano había denunciado este conflicto interior en el corazón mismo del hombre: **video meliora proboque, deteriora sequor** (Ovidio, Met. 7, 19). Hallamos el pecado, perversión de la libertad humana, y causa profunda de la muerte, porque es una separación de Dios, fuente de la vida (Rom 5, 12), y después, a su vez, ocasión y efecto de una intervención en nosotros y en nuestro mundo de un agente oscuro y enemigo, el demonio. El mal no es ya sólo una deficiencia,

sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y perversor. Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa.

Quien rehúsa reconocer su existencia, se sale del marco de la enseñanza bíblica y eclesiástica; como se sale también quien hace de ella un principio autónomo, algo que no tiene su origen, como toda criatura, en Dios; o quien la explica como una pseudo-realidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras desgracias.

El problema del mal, visto en toda su complejidad y en su carácter absurdo respecto a nuestra racionalidad unilateral, se hace obsesivo. Constituye la más fuerte dificultad para nuestra inteligencia religiosa del cosmos. Con razón sufrió por ello durante años San Agustín: **Quaerebam unde malum, et non erat exitus**, buscaba de dónde provenía el mal, y no encontraba explicación (Confes. VII, 5, 7, 11, etc.; PL 32, 736, 739).

La existencia del demonio

He aquí, pues, la importancia que asume el tomar conciencia del mal para nuestra correcta concepción cristiana del mundo, de la vida, de la salvación. Cristo mismo nos ha hecho advertir esta importancia. En primer lugar, en el desarrollo de la historia evangélica al principio de su vida pública: ¿quién no recuerda la página densísima de significados de la triple tentación de Cristo? Más tarde, en los muchos episodios evangélicos en los que el demonio se cruza en el camino del Señor y aparece en sus enseñanzas (p. e. Mt 12, 43). Y, ¿cómo no recordar que Cristo, refiriéndose tres veces al demonio como adversario suyo, lo califica de «príncipe de este mundo»? (Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11). La realidad invadente de esta nefasta presencia aparece señalada en muchísimos pasajes del Nuevo Testamento. San Pablo lo llama «dios de este siglo» (2 Cor 4, 4), y nos pone sobre aviso con relación a la lucha en la oscuridad que los cristianos debemos sostener no sólo con un demonio, sino con una terrible pluralidad suya: «Vestíos, dice el Apóstol, de toda la armadura de Dios para que podáis resistir a las insidias del diablo, que no es nuestra lucha contra la sangre y la carne (solamente), sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires» (Ef 6, 11-12). Y que no se

trata de un solo demonio, sino de muchos, nos lo indican muchos pasajes evangélicos (Lc 11, 21; Mc 5, 9); pero el principal es uno: Satanás, que quiere decir el adversario, el enemigo; y con él muchos, todos criaturas de Dios, pero degradadas, pues han sido rebeldes y condenadas (cf. Denz.-Sch. 800-428); todo un mundo misterioso, trastornado por un drama infeliz del que conocemos bien poco.

Sabemos, sin embargo, muchas cosas de este mundo diabólico, que atañen a nuestra vida y a toda la historia humana. El demonio está en el origen de la primera desgracia de la humanidad; él fue el tentador falaz y fatal del primer pecado, el pecado original (Gén 3; Sab 1, 24). Desde aquella caída de Adán el demonio adquirió un cierto dominio sobre el hombre, del que sólo la redención de Cristo nos puede liberar. Es historia que dura todavía: recordemos los exorcismos del bautismo y las frecuentes referencias de la Sagrada Escritura y de la Liturgia a la agresiva y opresiva «potestad de las tinieblas» (cf. Lc 22, 53; Col 1, 13). Es el enemigo número uno, el tentador por excelencia. Sabemos así que este ser oscuro y turbador existe realmente, y que actúa todavía con traicionera astucia; es el enemigo oculto que siembra errores y desventuras en la historia humana. Debemos recordar la reveladora parábola evangélica del trigo y la cizaña, síntesis y explicación del carácter ilógico que parece presidir nuestras contrastantes vicisitudes: **inimicus homo hoc fecit** (Mt 13, 28). Es el «homicida desde el principio... y padre de la mentira», como lo define Cristo (cf. Jn 8, 44-45); es el que insidia sofisticamente el equilibrio moral del hombre. Es él el encantador pérfido y astuto, que sabe insinuarse en nosotros por medio de los sentidos, de la fantasía, de la concupiscencia, de la lógica utópica, o de desordenados contactos sociales en el juego de nuestro obrar, para introducir en ello desviaciones, tan nocivas como conformes en apariencia con nuestras estructuras físicas o síquicas, o con nuestras aspiraciones instintivas y profundas.

Amplitud de la acción diabólica

Este capítulo sobre el demonio y sobre el influjo que puede ejercer lo mismo en cada persona que en comunidades y sociedades enteras, o en los acontecimientos, sería un capítulo muy importante de la doctrina católica que habría que

estudiar de nuevo, mientras hoy se estudia poco. Algunos piensan que van a encontrar en los estudios sicoanalíticos y siquiátricos o en experiencias espiritistas, hoy por desgracia tan difundidas en algunos países, una compensación suficiente. Se teme reacer en viejas teorías maniqueas, o en terribles divagaciones fantásticas o supersticiosas. Hoy se prefiere mostrarse fuertes y sin prejuicios, adoptar una actitud positivista, aunque después se den crédito a tantas gratuitas ideas supersiciosas, mágicas o populares, o, aún peor, se abra la propia alma —¡la propia alma bautizada, visitada tantas veces por la presencia eucarística y habitada por el Espíritu Santo!— a las experiencias licenciosas de los sentidos, a aquellas deletéreas de los estupefacientes o también a las seducciones ideológicas de los errores de moda, fisuras éstas a través de las cuales el maligno puede fácilmente penetrar y alterar la mentalidad humana.

No es que todo pecado se deba directamente a la acción diabólica (cf. S. Th. I, 104, 3); pero sin embargo, es cierto que quien no vigila sobre sí mismo con cierto rigor moral (cf. Mt 12, 45; Ef 6, 11) se expone al influjo del **mysterium iniquitatis** al que San Pablo se refiere (2 Tes 2, 3-2) y que hace problemática la posibilidad de nuestra salvación.

Nuestra doctrina se vuelve incierta, oscurecida como está por las mismas tinieblas que circundan al demonio. Pero nuestra curiosidad, excitada por la certeza de su múltiple existencia, se hace legítima con dos preguntas: ¿Existen signos, y cuáles son, de la presencia de la acción diabólica? ¿Cuáles son los medios de defensa contra tan insidioso peligro?

La actitud del cristiano: vigilar y mantenerse fuerte

La respuesta a la primera pregunta impone mucha cautela, aunque los signos del maligno parecen a veces evidentes (cf. Tertuliano, pol. 23). Podremos suponer su siniestra acción allí donde la negación de Dios es radical, sutil y absurda, allí donde la mentira se afirma, hipócrita y potente, contra la verdad evidente, allí donde el amor queda apagado por un egoísmo frío y cruel, allí donde el nombre de Cristo se impugna con

odio consciente y rebelde (cf. Cor 16, 22; 12, 3), allí donde el espíritu del Evangelio es adulterado y desmentido, allí donde la desesperación se afirma como última palabra, etc. Pero es un diagnóstico demasiado amplio y difícil, sobre el que no osamos ahora profundizar y dar por auténtico, pero que sin embargo no carece de dramático interés para todos, y al que la literatura moderna ha dedicado también páginas famosas (cf. por ejemplo las obras de Bernanos, estudiadas por Ch. Moeller, *Littér. du XX siècle*. I, p. 397ss.; P. Macchi, *Il volto del male in Bernanos*; cf. además **Satan, Etudes Carmélitaines**, Desclée de Br. 1948). El problema del mal sigue siendo uno de los más grandes y permanentes para el espíritu humano, incluso después de la victoriosa respuesta que le da Jesucristo. «Nosotros sabemos, escribe el evangelista San Juan, que somos (hemos nacido) de Dios, mientras que el mundo todo está bajo el maligno» (1 Jn 5, 19).

A la segunda pregunta: ¿qué defensa, qué remedio oponer a la acción del demonio?: la respuesta es más fácil de formular, aunque sea difícil de poner en práctica. Podríamos decir: todo lo que nos defiende del pecado nos separa, por ello mismo, del enemigo invisible. La gracia es la defensa decisiva. La inocencia asume un aspecto de fortaleza. Y todos recordamos además en qué gran medida la pedagogía apostólica ha simbolizado en la armadura de un soldado las virtudes que pueden hacer invulnerable al cristiano (cf. Rom 13, 12; Ef 6, 11, 14, 17; 1 Tes 5, 8). El cristiano debe ser militante; debe vigilar y ser fuerte (1 Pe 5, 8); y a veces debe recurrir a algún ejercicio ascético especial para alejar determinadas incursiones diabólicas; Jesús nos lo enseña indicando como remedio «la oración y el ayuno» (Mc 9, 29). Y el Apóstol sugiere la línea maestra a seguir: «No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien» (Rom 12, 21; Mt 13, 29).

Con conciencia, pues, de las adversidades presentes en las que se encuentran hoy las almas, la Iglesia, el mundo, nosotros intentaremos dar sentido y eficacia a la acostumbrada invocación de nuestra principal oración: «¡Padre nuestro... líbranos del mal!».

Que a ello ayude también nuestra bendición apostólica.

El primer enemigo: Satanás

De la obra *El reinado social del Corazón de Jesús*,
2.^a parte, cap. I, del P. Enrique RAMIERE, S.J.

¿Puede tener enemigos el Corazón de Jesús? ¿Podría encontrarse en alguna parte un corazón de hombre capaz de odiar a este divino Corazón? Es éste un misterio de iniquidad, por desgracia demasiado real. Sí, en la tierra, entre esos hombres por quienes el Corazón de Jesús ora y se inmola sin cesar, ha encontrado siempre enemigos; y en nuestros días también los halla en gran número, y jamás, tal vez, estos enemigos pusieron en práctica táctica más hábil y más perseverantes esfuerzos.

Luego, puesto que todos somos llamados a concurrir al establecimiento del reinado del Corazón de Jesús en nosotros primeramente, y después en la sociedad, es muy importante conocer a fondo la táctica de estos enemigos y el medio que debemos emplear para vencerlos. No estará fuera de lugar entregarnos a este estudio, antes de entrar en el detalle de los deberes que debemos llenar para que reine enteramente en nosotros este Corazón divino.

* * *

El gran enemigo de Jesucristo es Lucifer. Vencido por vez primera en el cielo, después de que se negó a someterse al Hombre-Dios, que le había sido mostrado como Jefe un día de la Creación entera, este espíritu soberbio ha buscado desde entonces vengarse de su derrota, hurtando a su divino rival las adoraciones de los hombres. Para conseguirlo imita, cuanto puede, a Jesucristo y a su Iglesia. Estudiando las inclinaciones de cada hombre, de cada pueblo, de cada siglo, les ofrece la satisfacción aparente de estas inclinaciones, para desviarles así de buscar en el Corazón de Jesús el único alimento que realmente pueda satisfacerlos. En las tribus bárbaras y guerre-

ras, no existen sino sanguinarias inspiraciones. Leed la historia de nuestros antepasados salvajes, escuchad historias de viajeros que han visitado las tribus nómadas de Africa y Oceanía y veréis hasta qué punto las divinidades infernales adoradas por esos pueblos se complacen en la sangre. La felicidad suprema que prometen a sus adoradores consiste en beber en el cráneo de sus enemigos, y alimentarse de sus palpitantes carnes.

Todo lo contrario sucede en las sociedades civilizadas, y, sobre todo, en una sociedad como la nuestra, en el seno de la cual el Evangelio, por una larga infiltración de veinte siglos, ha podido hacer penetrar sentimientos de humanidad y amor mutuo. ¿Qué táctica seguirá el enemigo de Dios y de los hombres, en el seno de semejante sociedad? ¿Renunciará a inocularnos su odio? Seguramente, no; pero se guardará bien de predicarnoslo demasiado abiertamente. El amor mutuo, la fraternidad, la abnegación son cosas demasiado amables, para que se pueda, con alguna probabilidad de éxito, llegar a hacerlas odiosas. Satanás va, al contrario, a hacerse predicador de la fraternidad y abnegación; pero esta abnegación y fraternidad, las entenderá a su manera; y, como esta manera es completamente opuesta a la que Jesucristo nos ha inculcado en sus lecciones y ejemplos, los discípulos de Satanás encontrarán en su abnegación hasta un motivo de odiar a los discípulos de Jesucristo. Les procribirán, en nombre de la tolerancia; les encadenarán, en nombre de la libertad; les condenarán a muerte, en cuanto puedan, en nombre de la fraternidad.

Tal es hoy en día la respectiva posición de los dos ejércitos, a los que desde setenta siglos la tierra sirve de campo de batalla. Es, hoy en día, sobre el terreno de la fraternidad donde se dan los combates más encarnizados; de ambos lados

se despliega la misma bandera y se lanzan los mismos gritos de combate: amor mutuo, abnegación, progreso. Satanás, el cruel Satanás, ha tomado costumbres más suaves. La antigua serpiente se ha transformado, escondiendo con cuidado sus sangrientos ojos y tortuosa cola. Da a su veneno la dulzura de la miel. El padre del odio se muestra lleno de corazón, inspirando a sus más fieles apóstoles himnos llenos de unción, en honor de la redención universal.

¡Cuán nobles corazones se dejan prender en estas hipócritas declamaciones! ¡Cuántas almas, sinceramente deseosas de trabajar en la felicidad de sus semejantes, son detenidas por sus mentiras lejo de Aquél, el único que puede hacer a los hombres verdaderamente dichosos! ¡Cuántos cristianos débiles e ignorantes se dejan conmovir por las especiosas apariencias de las que saben se rodean los enemigos de Jesucristo!

¿En qué se diferencian, pues, estas apariencias de la realidad? ¿En qué se distingue la fraternidad según el Corazón de Jesús, de la fraternidad según el corazón de Satanás?

Se diferencian en todos sus puntos; y no son meos opuestas una de otra por el fin al que tienden, como por los medios de los que se sirven para alcanzar ese fin.

La caridad del Corazón de Jesús tiene por fin hacer mejores a los hombres, haciéndoles más semejantes a Dios. ¿No es cierto que a este fin debe tender todo amor verdadero? ¿Qué es amar, sino desear el bien? ¿Y cómo se puede desear el bien de los hombres, si no es acercándoles al Bien Soberano y asegurándoles su posesión? No hay pues, otro verdadero amor a los hombres, filantropía bien entendida, que el que tiene a Dios por objeto y por principio. Por eso San Pablo no teme decir que la filantropía ha aparecido a los hombres en Jesucristo.

Vedla esta filantropía divina del Corazón de Jesús. Ved cómo es generosa; ningún sacrificio la detiene; los tormentos de la muerte no hacen sino atizar sus llamas. Inmensa como el mismo Dios, abraza, en un solo vínculo, a pecadores y justos, gentiles y judíos, impuros samaritanos y publicanos despreciados. Más tierna que el amor de una madre, se apiada de todos los sufrimientos y vuela al socorro de todas las enfermedades. Pero siempre tiene en cuenta el fin divino al que tiende, y al que se esfuerza en conducir a todos

los hombres: la gloria de Dios, la posesión de Dios. ¿Ama a los pecadores para hacerlos justos y a los justos para hacerlos más justos aún! Aliviando lo males corporales, se esfuerza en curar las enfermedades de las almas, cien veces más peligrosas; eleva cuando toca. Tal ha sido la filantropía de todos los santos; tal es aún la caridad de todos los cristianos verdaderamente dignos de este nombre.

Bien distinta es la filantropía según el corazón de Satanás. Quiere trabajar en el alivio de los desgraciados, pero es a condición de no disminuir la suma de placeres. El espíritu de sacrificio le es desconocido; sus mismas larguezas son efecto de un cálculo: da una parte de lo que posee con el fin de salvaguardar mejor el resto. Incapaz de practicar el renunciamento, es igualmente incapaz de persuadir de él a los infortunados que reclaman su socorro. Todo cuanto puede hacer para consolarles de la insuficiencia de sus larguezas, es prometerles para el porvenir un estado de cosas más favorable, en espera del cual continúa gozando de su abundancia, y confía a mercenarios el cuidado de distribuir sus limosnas.

Por lo demás no deja de apiadarse, en sus libros, de las miserias de la humanidad produciendo cada día nuevos planes e regeneración social. No hay sino un plan que rechaza obstinadamente: es aquél que la Iglesia pone por obra desde hace dieciocho siglos; es la caridad que se apoya en la abnegación; es sobre todo la beneficencia que tiene por garantía los tres votos religiosos. A sus ojos, es un crimen hacer voto de pobreza para aliviar mejor a los pobres, hacer voto de castidad para consagrarse más libremente al socorro de todas las miserias, hacer voto de obediencia para luchar con mayor armonía y eficacia contra todos los dolores que asaltan a la humanidad. Los que se hacen culpables de este triple crimen, deben ser vigilados, importunados, abatidos, con toda clase de trabas. Es hacer una buena obra calumniarlos, suponerles las más viles intenciones, y hacerles responsables de las faltas de un pequeño número de ellos.

Que hayan, por otra parte, civilizado a Europa; que hayan cubierto la tierra de pruebas de abnegación; que en todas las epidemias, sean los primeros en despreciar una muerte cierta, para

volar al socorro de sus semejantes; que se les encuentre en todas partes donde hay un peligro a correr y una miseria a aliviar, en las cárceles, presidios, ambulancias, colonias penitenciarias y pestilentes de la Guayana, poco importa. Se cerrarán los ojos a todos esos hechos reclamando a grandes voces, en nombre de la filantropía, la abolición de las órdenes religiosas. Se escribirán historias donde los hechos, odiosamente disfrazados, vendrán a dar testimonio contra la verdad; y, lo que es aún más fácil y poco menos eficaz, se escribirán novelas cuyas peripecias, artificioosamente combinadas, probarán con toda evidencia a cuantos sirven de la imaginación como de

inteligencia, que en los religiosos y cristianos no hay sino egoísmo e hipocresía, y que la generosidad es patrimonio exclusivo de los incrédulos.

He aquí como se apoyan, para combatir al cristianismo en las nobles tendencias que sólo el cristianismo es capaz de satisfacer. He ahí el fantasma que, por todos lados y bajo todas formas, se presenta hoy en día a las almas generosas sobre las que el amor del Corazón de Jesús debería tener mayor influencia. Son éstas las almas que Satanás está celoso de alistar bajo su bandera; y también pone todos sus cuidados en engañarlas, empleando para corromperlas, sus mejores instrumentos.

Reinará por fin el Divino Corazón, a pesar de los que a ello se querrán oponer. Satanás quedará confuso con todos sus partidarios. ¡Dichosos aquellos de quienes será servido para establecer su imperio! Paréceme que El es semejante a un rey que no piensa en dar sus recompensas mientras va haciendo sus conquistas y triunfando de sus enemigos, pero sí, cuando reine victorioso en su trono.

El adorable corazón de Jesús quiere establecer su reinado de amor en todos los corazones, y destruir y arruinar el de Satanás. Paréceme que tiene de esto tanto deseo que promete grandes recompensas a cuantos de buena voluntad, se aplicarán a ello con todo su corazón según el poder y las luces que se les dará. No temamos, pues el trabajo y los padecimientos que hallarán, en tan santa obra, antes bien, tengámonos por dichas cuando se nos tendrá por dignas de un tan noble objeto.

Más es esta una devoción que no quiere ser forzada ni violentada. Basta darla a conocer y después dejar al Divino Corazón el cuidado de penerar los corazones, que El mismo ha destinado para Sí con la unción de su gracia.

(De la carta de Santa Margarita M.^a Alacoque
a la Hermana Joly)

Meditación de dos banderas:

la una de Christo, sumo Capitán y Señor nuestro;
la otra, de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana natura.

La sólita oración preparatoria.

El primer preámbulo es la historia; será aquí como Christo llama y quiere a todos debaxo de su bandera, y Lucifer, al contrario, debaxo de la suya.

El segundo, composición viendo el lugar; será aquí ver un gran campo de toda aquella región de Hierusalena, adonde el sumo Capitán general de los buenos es Christo Nuestro Señor; otro campo en región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer.

El tercero, demandar lo que quiero, y será aquí pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo, y ayuda para dellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero Capitán, y gracia para le imitar.

El primer punto es imaginar así como si se asentase el caudillo de todos los enemigos en aquel gran campo de Babilonia, como en una gran cáthedra de fuego y humo, en figura horrible y espantosa.

El segundo, considerar como haze llamamiento de innumerables demonios, y como los esparce a los unos tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estado ni personas algunas en particular.

El tercero, considerar el sermón que les haze, y cómo los amonesta para echar redes y cadenas; que primero hayan de tentar de codicia de riquezas, como suele, *ut in pluribus*, para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a crecida soberbia; de manera que el primer escalón sea de riquezas, el segundo de honor, el tercero de soberbia, y destos tres escalones induce a todos los otros vicios.

Así por el contrario, se ha de imaginar del sumo y verdadero Capitán, que es Christo Nuestro Señor.

(De los Exercicios espirituales de
San Ignacio de Loyola, 2.^a Semana)

El «mal espíritu» en los Ejercicios de San Ignacio

De la revista «Manresa», por
el P. Ramón Orlandis, S.J., Enero 1940, pág. 12

Significaciones posibles. — Desde luego se echa de ver que San Ignacio en las Reglas de Discreción distingue dos espíritus: el bueno y el malo. ¿Cuál es el sentido preciso que atribuye a estos vocablos?

En unas normas de discernimiento estos vocablos pueden recibir dos significados: uno abstracto y meramente moral, y otro concreto y personal. En el primer sentido, se dice de un cristiano o de un religioso que tiene buen espíritu o mal espíritu. En esta aceptación se toma la palabra cuando se habla de espíritu mundano, nacional, de clase. Si se analiza este sentido, se ve que en él se quiere dar a entender, por ejemplo, que la persona o corporación de la cual se afirma que tiene espíritu nacional, está imbuida, movida y regida por las ideas, sentimientos y tendencias propias de la nación, prescindiendo del origen que puea tene esta manea e ominio que en la persona o corporación ejercen tales ideas, sentimientos y tendencias. Así un religioso, cuando de él se dice que tiene buen espíritu, es alabado, porque en su comportamiento manifiesta que está impregnado, regido e impulsado por los dictámenes prácticos, por los sentimientos, por los deberes propios de la religión a que pertenece.

La otra aceptación de la palabra espíritu es concreta y personal, y se contrapone a cosa corporal. Este es el sentido que se da a la palabra cuando se dice de Dios y de sus ángeles, que son los espíritus buenos; de Satanás y de los demonios, que son los espíritus malos.

La ligereza de pensamiento y la superficialidad naturalista de nuestros tiempos hace olvidar a no pocos cristianos en la práctica de la vida y en la manera de expresarse la acción providente e inmediata de Dios en los acontecimientos humanos. Pero aún está menos de moda hablar de ángeles y de demonios, como si su actuación en la vida hubiera cesado en nuestros tiempos o como si hubiera sido muy coartada su influencia. No parece sino que los descubrimientos, más o menos pretendidos y pretenciosos, de la psicología de la subcon-

ciencia han anulado la verdad indudable, la revelación indiscutible de la intervención e influencia de ángeles y demonios en la vida social e individual del hombre sobre la tierra.

Si es lamentable esta presuntuosa aberración más nos lo parece el abuso de aplicar palabras de sentido genuinamente cristiano y sobrenatural a concepciones puramente naturales. Hemos leído libro, por lo demás no falto de pensamientos profundos y de ideas verdaderas, en que se tergiversa el nombre execrando de Satanás y se usa de él como si en la revelación cristiana no fuera éste el nombre propio de un ser personal, sino la personificación simbólica de las fuerzas e influencias subversivas que trastornan y amenazan destruir la sociedad.

Por lo que toca a San Ignacio, el sentido del vocablo espíritu en las Reglas de Discreción es, sin rebozo ni tergiversación posible, el personal y concreto: Dios y sus ángeles, Satanás y los demonios. Con ello reafirma el Santo la creencia tradicional y cierta, como fundada que está en la Sagrada Escritura y en la tradición cristiana, de la intervención frecuente de ángeles y demonios en la vida humana, y más aún, en la vida sobrenatural. Todo conato de modernizar, de minimizar o de paliar el pensamiento genuino de San Ignacio no podrá tener sino un valor pseudocientífico y está, desde luego, condenada al fracaso.

Al decir todo esto crea el lector que estamos muy lejos de desdeñar los avances legítimos y seguros de la ciencia experimental; mas éstos, no lo dudemos, no modifican ni modificarán una tilde de la doctrina y de los procedimientos de San Ignacio; a lo sumo, en cuanto se vaya comprobando que del fondo de la naturaleza pueden brotar estados de espíritu que un ojo miope o inexperto haya fácilmente de confundir con los estados de espíritu causado por las mociones de Dios, de los ángeles o de los demonios, se tendrá nuevo motivo que haga más necesario el Primer Discernimiento.

La intervención diabólica en la vida de los pueblos

De la Revista **CRISTIANDAD** n.º 141, año 1950

Por el P. José M.^a MUNDO, S.J.

Es de fe que existe el demonio, y así el día del Juicio dirá Jesús a los réprobos: «Apartaos de mí, malditos; al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles malos» (Mat. XXIV, 41).

Y El mismo, para cortar la vanidad de sus discípulos, que volvían triunfantes de sus primeros ministerios, les dijo: «Yo vi a Satanás, cayendo del cielo, como un rayo» (Luc. X, 18).

Y es cierto que fueron los demonios ángeles buenos, y que, cegados por el orgullo, quisieron ser como Dios, y escalar su trono, y por esto se perdieron. Y así se les aplica aquel dicho de Isaías: «¿Cómo has caído del cielo, Lucifer, que surgías por la mañana, y te has desplomado en tierra, tú que herías a las gentes? Tú que decías en tu corazón: «Subiré a los cielos, ensaltaré mi trono sobre las estrellas de Dios... seré semejante al Altísimo.» En el infierno caerás, y lo más hondo de aquel lago será tu morada» (XXIV, 12-15).

Y es muy probable, según la sentencia de muchos Santos Padres y teólogos, que la ocasión de esta ruina fue el no haber querido Lucifer adorar al futuro Mesías, al Verbo hecho hombre, para servir de lazo de unión más estrecho entre Dios y las criaturas, y para redimir al género humano, después de caído en el pecado.

También lo es que el demonio tienta al hombre para perderlo

Dice San Pedro que el demonio, como autor de todo mal, «está siempre dando vueltas en torno de los hombres, como león rugiente, buscando a quien devorar» (I. Petr. V, 8), es el enemigo, que

siembra la cizaña entre el buen trigo; Jesucristo le llama «Príncipe de este mundo» (Jo. XIII, 30), San Pablo «Dios de este siglo» (II. Cor. III, 4), y en todos los tiempos hubo hombres poseídos por el demonio.

Pero esta intervención del demonio no siempre es inmediata

Sabemos por la fe, que no podemos hacer ninguna obra sobrenaturalmente buena sin la inspiración e impulso del Espíritu Santo; como que sin esta intervención, ni siquiera podemos pronunciar meritoriamente el santísimo nombre de Jesús. ¿Será tal vez igual la intervención diabólica para el mal? De ninguna manera.

Una vez perturbadas las pasiones del hombre por el primer pecado, ya no necesita Lucifer una intervención tan directa y continua para derribarnos. Antes, como dice Santa Teresa, «el que no ora no necesita que el demonio le tienta, pues él mismo es para sí demonio». «Satanás, como dice San León, conoce a quién ha de abrazar con el fuego de la codicia, a quién ha de coger por la gula, a quién ha de poseer por la lujuria, a quién ha de inocular el veneno de la envidia; conoce al que ha de turbarse por los pesares, excederse por la alegría, agobiarse por el temor, y dejarse seducir por la admiración.» Se le ha representado como un cazador, que ha tendido las redes y esparcido el cebo, y no tiene necesidad, sino de tirar los hilos de cuando en cuando, para atrapar a los incautos, que se han metido en ellas. «El demonio no arranca a viva fuerza nuestro consentimiento, sólo puede pedirlo» (San Agustín).

Es inmediata y personal en algunos casos

Pero hay pecados privados y públicos, que apenas pueden explicarse por la sola rebeldía de las pasiones. Se explica que un hombre robe por codicia, que mate por venganza, que se revuelque en la inmundicia por lujuria. Pero hay un orgullo, que precisamente se llama luciferino, porque todos reconocen que no basta la maldad del hombre para concebirlo: el de los que odian formalmente a Dios; el de los que, embriagados con los bienes de la tierra y con sus talentos naturales, se empeñan en prescindir de Dios y en borrar su nombre de todos los corazones; el de los que renuncian explícitamente a la recompensa del cielo y pretenden arrojarla con desprecio a la cara del mismo Dios. Esta soberbia reconcentrada ya parece suponer una especie de posesión diabólica. «Ipse est rex super filios superbiae.» «El demonio es rey de los hijos de la soberbia» (Job XLI, 25).

Y hay todavía otra señal de esta intervención extraordinaria, y es el odio salvaje de algunos contra el género humano, extirpando hasta el germen de la caridad. Aquel odio que les hace mirar con indiferencia la destrucción inútil de miles de vidas humanas, y el dolor físico y moral de millones de inocentes; aquella complacencia sádica con que estudiadamente provocan y aumentan este dolor, como podrían complacerse en hacer astillas un tronco insensible. Y aún hay otra señal de intervención diabólica, y es el talento y constancia, con que estos enemigos de Dios y del género humano organizan y llevan adelante sus diabólicos planes, y embriagan para ello a sus ciegos ayudadores.

En todo ello se ve la mano oculta de aquel espíritu del mal, que no por serlo, y por haber caído del estado en que Dios le había puesto, y de la felicidad que le prometía, ha perdido la inteligencia y la fuerza de voluntad de que estuvo dotado para el bien y que ahora utiliza para el mal. Y así nos avisa San Pablo, que «no tenemos que luchar sólo contra la carne y la sangre, y contra los príncipes y potestades (tiránicas), sino contra los que rigen las tinieblas de este mundo, contra los espíritus del mal, que avizoran su presa desde la altura» (Eph., VI, 12). Y en el Apocalipsis se nos previene contra «los que llevan esculpido el sello de la bestia, y adoraron su imagen» (XVI, 2).

Más aún. Dado el talento previsor y la condición traidora del demonio, es de suponer que es-

tará espiando continuamente la ocasión de armar acechanzas a los hombres de mucha influencia y bien intencionados, para que se desvíen del camino recto y hagan, sin pensarlo, el juego de los enemigos de Dios. Y así podrá suceder, cuando los que habrían de ser luz del mundo son infieles a la inspiración de Dios y se buscan a sí mismos. «Deus huius saeculi excaecavit mentes infidelium» (II. Cor., IV, 4). El demonio —dice San Cipriano— es llamado serpiente, porque se desliza y arrastra como ella; se adelanta insensiblemente ocultando su marcha, a fin de engañar. Su astucia es tan grande, sus planes tan hábiles y capciosos, que hace tomar la noche por el día, y el día por la noche, y el veneno por el remedio. Lleva a la desesperación bajo pretexto de fidelidad; ofrece a nuestros homenajes al Anticristo bajo el nombre de Cristo. De esta suerte, haciendo pasar la mentira por verdad, escamotea sutilmente la verdad misma.»

La meditación de las dos banderas

San Ignacio, en el libro de Ejercicios, supone que tanto el buen ángel como el malo intervienen muchas veces y con mucha eficacia y directamente en la vida de los hombres. Así se desprende de los dos grupos de reglas que allí propone para discernir espíritus, sobre todo de la meditación de las Dos Banderas. Y así, en esta meditación, la historia que propone para meditar es «Cómo Cristo llama y quiere a todos debajo de su bandera, y Lucifer, al contrario, debajo de la suya». Y nos dice que el mal caudillo «hace llamamiento de innumerables demonios y los esparce a unos en tal ciudad y a otros en otra, no dejando provincias ni lugares, Estados ni personas en particular».

También nos refiere la exhortación que les hace, «cómo les amonesta, para echar redes y cadenas; que primero hayan de tentar de codicia de riquezas, como suele, para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a crecida soberbia; de manera que el primer escalón sea de riqueza, el segundo de honor, el tercero de soberbia, y de estos tres escalones induce a todos los vicios».

Nuestra lucha ha de ser la de David con Goliath. No fueron armas costosas las que usó David, sino humildes y débiles al parecer. Las nuestras serán la oración, la pobreza, la humillación, la penitencia y el recurso constante al Corazón de nuestro Rey Jesús y de nuestra Reina María.

María, aplastará la cabeza del diablo

del Tratado de la verdadera devoción
a la Santísima Virgen
de San Luis M.^a GRIGNON DE MONTFORT

Dios no ha formado nunca más que una sola enemistad

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum; et tu insidiaberis calcaneo ejus (Gen., III, 15): «Crearé enemistades entre ti y la mujer y entre tu descendencia y la suya; ella misma te aplastará la cabeza, y tu pondrás asechanzas contra su talón».

Dios no ha hecho ni formado nunca más que una sola enemistad, mas ésta irreconciliable, que durará y aumentará incluso hasta el fin, y es entre María, su digna Madre, y el diablo; entre los hijos y servidores de la Santísima Virgen y los hijos y secuaces de Lucifer, de suerte que el más terrible de los enemigos que Dios ha creado contra el demonio es María, su Santísima Madre a quien dio desde el paraíso terrestre, a pesar de que Ella sólo existía entonces en la mente divina, tal odio contra ese maldito enemigo de Dios, tanta industria para descubrir la malicia de aquella antigua serpiente, tanta fuerza para vencer, aterrar y aplasta a ese orgullo impío, que él la teme, no sólo más que a todos los ángeles y hombres, sino, hasta cierto sentido, más que al mismo Dios: y esto no porque la ira, el odio y el poder de Dios no sean infinitamente mayores que los de la Santísima Virgen, cuyas perfecciones son limitadas, sino, primero, porque Satanás, a causa de su orgullo, padece infinitamente más al ser vencido y castigado de una pequeña y humilde esclava de Dios, y la humildad de ésta le humilla más que el poder divino; segundo, porque Dios ha otorgado a María un poder tan grande contra los diablos, que más temen ellos, según muchas veces han declarado, a su pesar, por la boca de los posesos, uno solo de los suspiros de María en favor de alguna alma, y una sola amenaza suya contra ellos más que todos los otros tormentos.

María, vencedora por sus virtudes

Lo que Lucifer perdió por orgullo, ganólo María por humildad; lo que Eva condenó y perdió por desobediencia, salvólo María por su obediencia. Eva, obedeciendo la voz de la serpiente, perdió consigo a todos sus hijos y los entregó al poder de Satanás; María, conservándose perfectamente fiel a Dios, ha salvado con Ella a todos sus hijos y servidores y los ha consagrado a la Majestad divina.

No sólo enemistad, sino enemistades

Dios no sólo ha creado una enemistad, sino **enemistades**, y no sólo entre María y el demonio, sino entre la descendencia de la Santísima Virgen y la del diablo; es decir, que Dios ha levantado enemistades, antipatías y odios secretos entre los verdaderos hijos y servidores de su Madre y los hijos y esclavos del demonio; por eso no se aman mutuamente ni tienen correspondencia interior unos con otros. Los hijos de Belial, los esclavos de Satanás, los amigos del mundo (pues estos distintos nombres significan una misma cosa), han perseguido incesantemente hasta aquí y perseguirán todavía más que nunca a aquellos y aquellas que pertenezcan a la Santísima Virgen, así como en otro tiempo Caín persiguió a su hermanita Abel y Esaú a su hermano Jacob, que son Pero la humildad de María triunfará siempre del orgulloso demonio, y la victoria será tan grande, que llegará hasta aplastarle la cabeza, en donde reside su orgullo; Ella descubrirá siempre su malicia de serpiente, hará manifiestas sus tramas infernales, disipará sus consejos diabólicos, y a sus fieles servidores los librára hata el fin de los tiempos de sus crueles garras.

El poder de María brillará particularmente en los últimos tiempos

Pero el poder de María sobre todos los diablos brillará particularmente en los últimos tiempos, en que Satanás pondrá asechanzas a su talón, es decir, a sus humildes esclavos y a sus pobres hijos, que Ella suscitará para hacerle la guerra. Serán pequeños y pobres según el mundo y rebajados ante los otros como el talón, hollados

y oprimidos, como el talón lo es respecto de los demás miembros del cuerpo; mas, en cambio, serán ricos de las gracias de Dios, que María les distribuirá abundantemente, grandes y exaltados en santidad delante de Dios, superiores a toda criatura por su celo inflamado, y tan fuertemente apoyados en el socorro divino, que con la humildad de su talón, en unión de María, aplastarán la cabeza del diablo y harán triunfar a Jesucristo.

in memoriam

MANUEL DE ARQUER CLADELLAS

El día 23 de agosto falleció en Barcelona nuestro gran amigo Manuel de Arquer Cladellas, a la edad de 92 años, después de un lento ocaso que fue privándole sucesivamente de todos aquellos dones naturales con los que había forjado, en su plenitud, esa personalidad activa, idealista y generosa, dispuesta a aportar su ayuda y esfuerzo en múltiples actividades y empresas, en las que descolló por su energía, entrega y eficacia.

Dio le conservó en sus últimos días gran lucidez de espíritu y aún aumentó su intensa vida espiritual. Se convirtió, con su enfermedad, en una llama votiva ofrecida a la misericordia de Dios; como una oración de renunciamiento y caridad.

Miembro de las Conferencias de San Vicente Paúl y Celador del Apostolado de la Oración, fue durante quince años Vice-Presidente de **Schola Cordis Iesu** y, desde su fundación, Presidente del Consejo de Administración de la entidad propietaria de la Revista CRISTIANDAD, recogiendo en ambas instituciones el espíritu de sus primeros fundadores, con muchos de los cuales se ha reunido ahora en el cielo. Participó activamente, desde sus inicios en «La Ciudad Católica», de cuyas reuniones fue gran propagador, fomentando la colaboración entre el grupo de Madrid y el de Barcelona. En Caldas de Estrach, su residencia veraniega, tuvo la iniciativa de crear las escuelas parroquiales. ¿Cuántas fueron las obras de su generoso impulso y eficaz actividad?

En nuestra Revista CRISTIANDAD se le recordará siempre como un hombre providencial. Para hombres de su temple y generosidad, dijo Jesús estas consoladoras palabras: «VEN SIERVO BUENO Y FIEL, ENTRA EN EL GOZO DE TU SEÑOR».

Francisco de Gomis Casas

Las derrotas de Satanás

Apocalipsis 12, 7-12

Y se trabó una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles iniciaron el combate contra el dragón. Y el dragón peleó y con él sus ángeles, y no pudieron resistir, y no se halló ya para ellos lugar en el cielo. Y fue precipitado el dragón grande, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el que seduce todo el mundo; fue precipitado a la tierra, y sus ángeles fueron con él precipitados.

Y oí una gran voz en el cielo, que decía:

Ahora se estableció la salud, y el poderío, y el reinado de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo; porque fue precipitado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba ante nuestro Dios día y noche, y ellos le vencieron en virtud de la sangre del Cordero, y por la palabra del testimonio que dieron, y no amaron tanto su vida que temieran la muerte. Por esto estad alegres, cielos, y los que moráis en sus tiendas. ¡Ay de la tierra y del mar!, porque bajó a vosotros el diablo con gran coraje, sabiendo que cuenta con poco tiempo.

* * *

Apocalipsis 20, 1-3

Y vi bajar del cielo un ángel, que tenía la llave del abismo y una gran cadena en su mano. Y cogió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y la ató para mil años; y lo lanzó al abismo, y cerró, y puso el sello por encima de él, para que no seduzca ya más las naciones, hasta que se hayan cumplido los mil años; pasados éstos, tiene que ser desatado por breve tiempo.

* * *

Apocalipsis 20, 7-10

Y cuando se hubieren cumplido los mil años, será Satanás soltado de su prisión, y saldrá a seducir a las gentes que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, con el fin de reunirlos para la batalla, cuyo número es como la arena del mar. Y subieron a la anchura de la tierra, y cercaron el campamento de los santos y la ciudad amada; y bajó fuego del cielo y los devoró. Y el diablo, que los seducía, fue arrojado al estanque de fuego y de azufre, donde están también la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

¿La Iglesia de Cristo, ahora por permisión divina en manos de Satán, el adversario?

De la Revista CRISTIANDAD n.º 466, año 1969

Roberto Cayuela, S.I.

¡Qué título tan angustiante y sobrecogedor! Aun puesta la cuestión con interrogante, y formulada en son de pregunta, no puede menos de haber dejado atónito al lector; el cual, quedando hondamente pensativo y aun seriamente intrigado, estará deseoso de entrarse por la lectura del artículo, para ver si en él encuentra alguna solución del pavoroso enigma.

Y alguna solución ha de ser presentada; ya que tal interrogante no puede quedar al aire, y una tan grave y audaz pregunta debe tener contestación.

Sea el comienzo de la respuesta, y como el punto de partida para la solución, el relato verídico de un hecho histórico.

Suceso misterioso en la vida del Papa León XIII

Celebraba un día la Santa Misa aquel inmortal Sumo Pontífice, grande entre los grandes de nuestra época; y, según solía, la celebraba en su Oratorio del Palacio Vaticano, rodeado tan sólo de los Monseñores que le asistían.

Advirtieron éstos aquel día una cosa del todo des acostumbrada; y fue que el Papa se detenía largo rato, en silencio, como extático; y, según parece, entre la Consagración y la Comunión. Se le notaba exhalar solamente algunos tenues sollozos y quejidos, que con dificultad podía contener. No salían de su asombro aquellos buenos Monseñores; y seriamente preocupados por lo que le pudiera suceder al Padre Santo, ya entonces en venerable ancianidad, esperaban ansiosos en qué paraba suceso tan insólito.

Pasado aquel angustioso rato, pudo continuar el Papa su misa; y cuando, después de ella, le hubieron ayudado sus Monseñores a quitarse los sagrados ornamentos, le preguntaron con respetuosa confianza si Su Santidad se había sentido mal de salud durante la Santa Misa. No se atrevieron a preguntarle más, aunque sospechaban que aquel raro suceso no había sido un accidente orgánico de malestar físico, sino algo mucho más grave, de orden moral.

El Papa, sereno como era, y perfectamente dueño de sí mismo, pero con visibles muestras de estar muy

conmoverlo, les dijo que, primeramente, se retiraba a dar gracias al Señor por la celebración del Santo Sacrificio Eucarístico, como acostumbraba a hacerlo con profunda piedad e íntima devoción; y que después les hablaría.

Así fue; y ante el estupor de aquellos sus fidelísimos servidores, les refirió León XIII que durante aquel espacio de interrupción de su Misa, le había dado a entender Nuestro Señor, mas no con visión imaginaria, sino por conocimiento intelectual, que satanás, repitiendo en cierta manera, pero mucho más osada y ampliamente, lo que se relata en el libro de Job, de la Sagrada Biblia, se había atrevido a pedir a Dios que le dejase en sus manos la Iglesia de Cristo, por lo menos por algunos años; y con permiso para afligirla y tentarla; y así experimentar si le seguía siendo fiel, o no. Y que Dios, por sus inescrutables designios, le había dado su permisión; pero tan sólo por determinado lapso de tiempo, y con estas dos condiciones: que, por de pronto, no tentase contra la vida de la Iglesia; y que, además, no tocase para nada al Sumo Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra.

Terminó León XIII su relato diciéndoles que aquello no había de suceder entonces mismo, sino al cabo de no pocos años, y tras unas terribles convulsiones para el mundo entero. Y les rogó encarecidamente que acerca de lo que les había comunicado, guardasen estricto silencio mientras él viviese.

Aquel misterioso suceso debió ocurrir, a lo que parece, el año 1888, trece años antes de la muerte del sapientísimo Papa, el cual se conservaba en plena lucidez de sus facultades mentales, y, por otra parte, era tan ajeno, por su excelso carácter intelectual y por todo su modo de ser, a cualquier ilusión imaginativa e impresión meramente sensible.

Lo cierto es que aquel mismo año compuso León XIII, en castizo idioma italiano, una extensa, ferviente y apremiante oración al «Príncipe gloriosísimo de las Milicias celestiales», que es como invoca a San Miguel Arcángel, al comienzo de la vibrante súplica, pidiendo «su defensa en la batalla y en la lucha tremenda que tenemos contra los principados y las po-

testades, contra los rectores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos». Y la enriqueció con 500 días de indulgencia, según el uso y la frase de entonces, por un «Motu Proprio», del 25 de septiembre de aquel año 1888. Se puede ver en «Enquiridion Indulgentiarum. Preces et Pia Opera. Editio altera, págs. 324, 325».

Más aún; compuso en clásico latín una deprecación más breve, pero también en demanda acuciante de auxilio, al mismo San Miguel Arcángel; y dispuso que se rezase como final de las Preces que ante el Santo Altar y de rodillas debían rezarse después de las Misas rezadas; que es lo que hemos venido haciendo los sacerdotes hasta hace pocos años. La deprecación es así: «San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha; sé nuestro baluarte contra la maldad y las insidias del diablo. Impérole Dios; lo rogamos suplicantes. Y tú, Príncipe de la Milicia celeste, a satanás y a los otros espíritus malignos, que para la pérdida de las almas van vagando por el mundo, precipítalos, con el divino poder, en el infierno. Así sea».

En inviolable secreto se guardó aquel suceso mientras vivió León XIII; pero después de su muerte, corrió de boca en boca; y hasta fue publicado en algunas revistas.

Las permisiones divinas y la situación actual de la Iglesia

La voluntad de Dios, como lo enseña la Teología católica, es *intensiva*, cuando quiere e intenta los bienes que su infinita Sabiduría le propone como necesarios o útiles y provechosos para sus creaturas, en especial para los hombres, que ha querido fuesen sus hijos por perfecta adopción; hijos en su muy amado Hijo, Cristo Jesús.

Pero otras veces, la voluntad de Dios es *permissiva*; es decir, cuando, aun no queriendo los males, sin embargo, los permite; mas con el intento inefable de sacar de ellos, por los caminos maravillosos de su amorosa Providencia, mayores bienes. Es clásica la sentencia de San Agustín: «Juzgó Dios que era mejor, de los males hacer bien, que el no permitir hubiese males ningunos» (Lib. Ench. c. 27).

Son muchas las permisiones divinas respecto de males de todas clases, como se ve a cada paso en los Libros Sagrados; donde asimismo vemos los grandes bienes que de haberlos permitido ha sacado la inefable Bondad de Dios; y por encima de todos, el bien universal y excelso de la Redención del género humano, por haber permitido el terrible mal del pecado de deicidio, que cometieron en Cristo los dirigentes de Israel.

Para nuestro caso, podemos recordar que las permisiones divinas son de tres maneras.

La primera de permisión divina tiene por objeto directo y exclusivo a los hombres, tanto en lo que se

refiere a su propia vida, como en lo que atañe a su acción e influjo en los demás; es decir, cuando Dios permite que dejándose llevar y dominar los hombres por su propio amor desordenado, y de las pasiones y apetencias desordenadas que de ese amor proceden, ya las espirituales, como la soberbia, la ambición, el espíritu de independencia; ya las inferiores, como la impureza, la codicia de bienes materiales, la gula, el afán desmedido de goces y diversiones; estas pasiones oscurecen la razón, y aun a veces la ciegan; y con esto, apoderándose de la voluntad humana, la desvían y la tuerzan hasta tal punto que el hombre, de tropiezo en tropiezo, caiga en el pecado, y aun se hunda en él. Es el caso en que solemos decir que un hombre no necesita de demonio que le tienta, pues el mismo hombre hace de demonio consigo, y hace el oficio de demonio para con sus prójimos.

La segunda manera de permisión divina tiene por objeto, conjuntamente, a los hombres y a los demonios; esto es, cuando permite Dios lo que podemos llamar intervención *ordinaria* de Lucifer y de sus satélites, los demás demonios, en la vida humana; es la intervención que con palabras inequívocas nos describen, y contra la que nos ponen en alerta, San Pedro, en su 1.^a Carta (5, 8 y 9); y San Pablo, en su Carta a los Efesios (6, 12); es también la intervención que de continuo nos presenta la Iglesia por los Santos Padres, por el Magisterio eclesiástico y aun por la Sagrada Liturgia; y es aquella intervención que tan al vivo nos describe San Ignacio de Loyola en la genial «Meditación de dos Banderas», del Libro de sus Ejercicios Espirituales; cuando nos hace ver las «redes y cadenas» con que tienta el diablo, y los grados o escalones por donde induce a todos los pecados y vicios, a cuantas personas se dejan influir por él, hasta ser víctimas de sus engaños, insidias y astucias.

Y la tercera manera de permisión divina es la que tiene ya por objeto directo a Satanás mismo, cuando por los secretos juicios y designios de su Providencia, permite lo que Satanás se atreve a pedirle, accediendo a su petición, y dándole licencia para que ataque de un modo que ya se sale de su intervención ordinaria del segundo caso, a un hombre determinado, a un conjunto de hombres, a una sociedad, a la Iglesia misma de Cristo. Es el caso que hemos visto en el Libro de Job y en el Evangelio.

Y ahora, después de todo esto, surge angustiada la pregunta: ¿lo que sucede actualmente en la Iglesia, es por esta tercera manera de permisión divina? El suceso misterioso de la vida de León XIII, reseñado anteriormente, induce a pensar que así es. Empero aparte de ello, ¿no parece que los hechos mismos que estamos presenciando, y más aún el conjunto tenebroso de ellos, está diciendo a voces que por permisión divina, tiene ahora en sus manos Satán, el adversario, a la Iglesia de Cristo, si bien en la forma y con las limitaciones que Dios le ha señalado, y ciertamente con prueba temporal?

No cabe duda de que es muy grande la malicia humana, y que los hombres son capaces de perpetrar muchos males, cuando engañados y seducidos por las instigaciones insidiosas del demonio con su *ordinaria* intervención, se ensoberbecen hasta constituirse en árbitros y jueces de todo, con una autosuficiencia y un subjetivismo que les lleva a preferir sus propias opiniones y sus propios juicios a los de los demás, y a un a los de la autoridad de la Iglesia de Dios.

Pero aun siendo esto así, y si lo pensamos bien, ¿no se inclina uno a pensar que todo lo que ahora sucede en la Iglesia es muy superior a la malicia humana, a las trazas humanas, a la osadía humana; y que se ha de atribuir a una malicia, a unas trazas, a una osadía que está muy por encima de la de los hombres, o sea a Satanás, si bien por permisión divina?

Y se confirma uno en esta opinión cuando advierte, con asombro, que Satanás, siendo como es el prototipo de la soberbia, la personificación del orgullo, sin embargo, en nuestros días, para hacer mejor su hecho, no tan sólo se agazapa y se esconde, sino que hasta pretende desaparecer y anularse, pues hace creer a no pocos, aun sacerdotes y religiosos, ¡¡¡que él no existe!!! Es el colmo de la astucia diabólica, pues así obra más a mansalva y hace más razia y estrago en la Iglesia. Así, pues, pensar que, por permisión divina, la tiene ahora en sus manos, durante algún tiempo, no parece que sea un desvarío o una idea exagerada; antes bien, ponderadas todas las cosas, se nos presenta como la explicación más adecuada de lo que ahora sucede.

Y lo que sucede ahora en la Iglesia, ¿para qué detenernos a describirlo? Es el Sumo Pontífice quien día tras día, nos lo está describiendo y anunciando. Trata de abrirnos los ojos y de ponernos en guardia contra tanta insidia y engaño como está perturbando a los fieles, a manera de vientos huracanados.

Dijo el Papa Paulo VI en cierta ocasión que «el espíritu y la letra de la falsa reforma protestante se ha infiltrado y ha penetrado ahora en la Iglesia de Dios, entre los católicos, sacerdotes y fieles». Ha de-

nunciado repetidamente los peligros del autosuficiente subjetivismo, del orgulloso humanismo exagerado, que pone al hombre en el centro de todo, arrogándose los derechos de Dios y de su Cristo. Y en la audiencia del 3 de abril de 1969, ha puesto de manifiesto, con acentos de profunda tristeza, las causas de los sufrimientos de la Iglesia; que son: «el abandono, por tantos católicos, de la fidelidad a la tradición secular y al Magisterio de la Iglesia; la insurrección inquieta, crítica y demoledora de tantos de sus hijos predilectos; la desviación y el escándalo de ciertos eclesiásticos y religiosos, que crucifican a la Iglesia». ¿Para qué seguir?

Pues bien, todo ésto ¿no supera en mucho a la mera maldad humana, y no es demasiado para ser obra tan sólo de hombres? — Por lo mismo, ¿no hay que pensar en la maldad y astucia de Satanás, el adversario?

Mas esto mismo, aunque a primera vista parezca extraño, ha de sernos motivo de mayor confianza. ¿Por qué? — Sencillamente, por si lo que ahora padece la Iglesia fuese obra humana, podíamos temer que, siendo los hombres siempre los mismos, lo que ahora sucede, seguiría sucediendo, más o menos, por largo tiempo, y aun por tiempo indefinido. En cambio, si es, como parece, obra de Satanás, que ha perdido y ha obtenido el permiso de Dios para crucificar a la Iglesia, será pasajera, como lo fue la de Job, cuando por permisión divina lo tuvo en sus manos para afligirle; como lo fue la de San Pedro y los Apóstoles, cuando también por permisión divina los tuvo en sus manos para cribarlos. ¡Ah!, y cuando se criba el trigo, ¿no quedan separados, por una parte, la paja y el salvado, y, por otra, el buen grano limpio, puro y dorado?

Además, la Historia de la Iglesia demuestra con máxima evidencia, y para gran confortamiento nuestro, que siempre la Iglesia ha salido de sus grandes pruebas muy purificada y mejorada. Es que Cristo está siempre con ella, y más en la tribulación: «Y sabed que Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt., 28, 20).



Tentación de Satanás y pecado del hombre

del libro del Cardenal Wojtyła:
Signo de contradicción (pp. 38-48 y 210-213)

Volvamos a los primeros capítulos del Génesis, ante todo al capítulo tercero. Debemos hacerlo porque quien quiera captar el problema de la negación de Dios en su raíz, tendrá que partir de un análisis en modo alguno superficial del hecho de la primera negación. Debemos, consiguientemente, remontarnos —por así decirlo— más allá de la realidad del hombre: debemos remontarnos a la realidad de Satanás. Es obvio que el antropocentrismo contemporáneo —incluso el cristiano y teológico— trata de mantenerse alejado de esa realidad y llega casi a oponerse a ella. Todos sabemos que hubo protestas cuando el Santo Padre recordó pura y simplemente las verdades elementales de la doctrina eclesial sobre ese tema. Las ha recordado también la Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fe en el estudio **La fe cristiana y la doctrina sobre el demonio**.

El análisis de la negación originaria

Satanás, el espíritu maligno, aparece en el Génesis como una realidad ya existente, «dispuesta», por así decirlo, operante ya en el mundo. La descripción de la creación del universo se refiere únicamente a la realidad visible, a la «tierra» y al «cielo» como ingredientes del cosmos empírico. La misma descripción bíblica silencia, en cambio, todo cuanto puede referirse a la realidad no empírica. Sin embargo, aunque el Génesis no nos explique los orígenes de Satanás, del espíritu maligno, podemos identificarlo sin dificultad y de forma inmediata en el momento de su primera aparición.

«La serpiente, la más astuta de cuantas bestias del campo hiciera Yavé Dios...» (Gén 3, 1). Se empieza, pues, a nivel de la naturaleza, en el marco de la descripción del mundo empírico. Inme-

diatamente después, sin embargo, viene la frase que nos hace superar este nivel y nos lleva fuera del mundo empírico: «...Dijo a la mujer: ...¿Con que os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del paraíso?» Y respondió la mujer a la serpiente: «Del fruto de los árboles del paraíso comemos, pero del fruto del que está en medio del paraíso nos ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis siquiera, no vayáis a morir». Ydijo la serpiente a la mujer: «No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, concedores del bien y del mal» (Gén 3, 1-5).

El hombre queda asombrado ante estas palabras. El espíritu maligno se deja reconocer e individualizar no a través de una definición cualquiera de su ser, sino exclusivamente por el contenido de sus palabras. De este modo, en el capítulo tercero del Génesis, es decir, al principio de la Biblia, resulta claro que la historia del hombre, y con ella la historia del mundo con la que el hombre está unido por medio de la obra de la creación divina, estarán sometidas al dominio de la Palabra y de la anti-Palabra, del Evangelio y del anti-Evangelio. Hasta ahora hemos oído a la Palabra que se manifestaba en la simple afirmación de todo lo creado, obra de Dios, y ante todo en la afirmación del hombre creado a imagen de Dios. Veamos ahora por qué caminos se presenta la anti-Palabra.

Empieza con la primera mentira: mentira que podría definirse como un simple error de información; incluso podría reconocerse en aquella una cierta apariencia de búsqueda de la información correcta. La mujer, de manera fácil y espontánea, corrige la información errónea, tal vez sin presentir que ésta constituye sólo un principio, un preludio de lo que quiere decirle el «padre de la mentira» (cf. Jn 8, 44). Y he aquí lo que pasa

a continuación: ante todo, pone él en tela de juicio la veracidad de Dios: «¡No, no moriréis!»; luego, se lanza sobre la propia naturaleza de la Alianza. El Dios de la Alianza es presentado a la mujer como un soberano celoso del misterio de su señorío, como un adversario del hombre al que hay que oponerse, contra el que hay que rebelarse. Por último, Satanás formula la tentación, que arranca del núcleo mismo de su propia rebelión y negación: «El día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, concedores del bien y del mal» (Gén 3, 4-5).

El padre de la mentira no se presenta al hombre negando la existencia de Dios: no le niega la existencia y la omnipotencia que se expresan en la creación; apunta directamente al Dios de la Alianza.

La negación absoluta de Dios es imposible, porque resulta demasiado obvia su existencia en el universo creado, en el hombre... incluso en el propio Satanás. El apóstol escribió: «También los demonios creen y tiemblan» (Sant 2, 19), demostrando de este modo que tampoco ellos son capaces de negar la existencia de Dios y su poder soberano sobre todos los seres. En cambio, la destrucción de la verdad sobre el Dios de la Alianza, sobre el Dios que crea movido por el amor, que por amor ofrece a la humanidad la Alianza en Adán, que por amor pone ante el hombre unas exigencias que afectan a la verdad misma de su ser creado, la destrucción de esta verdad, digo, es, en el razonamiento de Satanás, total.

Esto es lo que entiendo por anti-Palabra. Pero al mismo tiempo esta anti-Palabra queda colocada en estrecha relación con la Palabra. Pues, ¿no ha dicho acaso la Palabra que el hombre y la mujer han sido creados a imagen de Dios? Y Satanás afirma: «Seréis como Dios, concedores del bien y del mal». Es casi como si sacara la conclusión, al menos una conclusión probable, de la Palabra: si habéis sido creados a imagen de Dios, ¿no comporta este hecho también el conocimiento del bien y del mal al modo de Dios? Pero Satanás no es sólo autor de la conclusión equivocada. Quiere imponer su propia postura, su propia actitud ante Dios. En realidad, no le importa la «divinidad del hombre». Lo que le mueve solamente es comunicar, transmitir al hombre su rebelión, es decir, aquella actitud con la cual él —Satanás— se definió a sí mismo y con la que se situó, por consiguiente, fuera de la verdad, lo que significa fuera de la ley de dependencia

del Creador. Este es el contenido de su **Non serviam** (cf. Jer 2, 20), que es la verdadera antítesis de otra autodefinición: «Miguel: ¿Quién como Dios?» (cf. Jds 9; Ap 12, 7). El sujeto de ese **non serviam** —según la Tradición— quedó convertido en la mayor inteligencia creada: «Lucero brillante, hijo de la aurora» (cf. Is 14, 12).

De este modo, con las pocas frases tomadas del Génesis, el espíritu maligno se ha manifestado y ha expresado su naturaleza. La tentación de Satanás en este punto supera de manera notable lo que efectivamente fue aceptado por el primer hombre, mujer y varón. Sin embargo, incluso lo que fue aceptado bastaba para trazar la dirección del desarrollo posterior de la tentación del hombre.

Lo que impresiona en el capítulo tercero es la exactitud ontológica y psicológica de la descripción bíblica. La mujer no acepta íntegramente el contenido de la tentación: lo acepta sólo dentro de los límites de su humana conciencia y libertad. Esto no obstante, lo que aceptó era demasiado. Oigamos el texto de la Biblia: «Vio, pues, la mujer que el árbol era bueno para comerse, hermoso a la vista y deseable para alcanzar por él sabiduría, y tomó de su fruto y comió, y dio también de él a su marido, que también con ella comió. Abriéronse los ojos de ambos, y vieron que estaban desnudos...» (Gén 3, 6-7).

La historia de la tentación del hombre

Podemos decir que nos encontramos en el principio, o mejor, en los orígenes de la tentación del hombre, en los orígenes de un larguísimo proceso que se va desarrollando a lo largo de toda la historia. Incluso en el marco aparentemente simple de la descripción bíblica, no podemos por menos que quedar sorprendidos por la profundidad y la actualidad de este problema. Satanás no logra vencer el todo, esto es, se muestra incapaz de sembrar en el hombre una rebelión total, esa rebelión total que el demonio lleva en sí mismo. Logra, en cambio, provocar en el hombre una flexión hacia el mundo, que le desvía progresivamente en dirección contraria al destino a que estaba llamado. Desde ese momento el mundo quedará convertido en campo de la tentación del hombre: campo para volver las espaldas a Dios, de diversas formas y en diverso grado; campo de rebelión en vez de colaboración con el Creador; campo donde se alimenta

la soberbia humana, en vez de alimentar la búsqueda de la gloria de Dios. El mundo como palestra de la lucha entre el hombre y Dios, de la contraposición de lo creado con el Creador; éste es el gran drama de la historia, del mito y de la civilización.

La serpiente bíblica no tiene nada de Prometeo. En el Génesis falta claramente todo contexto que justificaría interpretación semejante. Sin embargo, no han faltado y no faltan quienes intentan trasplantar el mito de Prometeo al terreno del Génesis, quienes pretenden afirmar al hombre a costa de Dios. He aquí el nivel más profundo de ese proceso secular de la tentación del hombre, de la historia de la negación. Su superficie, en cambio, constituye la dinámica realidad de la fuerza de atracción que el mundo ejerce sobre el hombre.

Durante el último Sínodo de los Obispos el Episcopado alemán dedicó un amplio estudio al tema de «la secularización y el secularismo», tema que se reiteraba insistentemente en las discusiones plenarias y en las de los diversos grupos lingüísticos. Baste citar en este momento un fragmento del documento fundamental: «La secularización es hoy, del modo en que concretamente se manifiesta, un gran obstáculo para la cuestión religiosa. En la forma del secularismo, esto es, de ataque programático a la religión y a la fe en Dios, especialmente allí donde se ha institucionalizado en formas «pseudo-eclesiales», se ha convertido —en virtud de su pretensión de abarcar toda la esfera del comportamiento humano— en una especie de contrarreligión».

Parece, no obstante, que el propio Vaticano II ha indicado la frontera esencial entre la secularización y el secularismo en el artículo de la **Gaudium et spes** que explica la justa autonomía de las realidades terrenas. Vale la pena releer este texto, porque en él podemos captar ese proceso del obrar de la Palabra y de la anti-Palabra, que se inicia, como decíamos antes, en el Génesis:

«Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que, por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia.

Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia

de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además corresponde a la voluntad del Creador... Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado, aun sin saberlo, como por la mano de Dios, quien, sosteniendo todas las cosas, da a todas ellas el ser...

Pero si «autonomía de lo temporal» quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida» (n. 36).

Estas palabras merecerían meditarse profundamente, porque contraponen de forma perfecta la legítima autonomía de las realidades terrenas frente a la falsa autonomía. En la primera Alianza el hombre fue llamado no sólo a la obediencia respecto de Dios Creador, sino también a la «justicia». Y aunque fundamentalmente el término «justicia» pueda aplicarse sólo a las relaciones entre iguales, no exageramos en modo alguno, cuando pensamos que el hombre de hoy, que ha alcanzado un gran progreso, conquistado una gran civilización y una técnica cada vez más perfecta, parece ser más injusto todavía respecto de Dios Creador, precisamente porque es el hombre del progreso. Aquí es donde se desarrolla el antiguo drama de la tentación del hombre: entre el secularismo y la secularización. Mientras la «secularización» atribuye la justa y debida autonomía a las cosas terrenas, el secularismo, en cambio, proclama: ¡Hay que quitarle el mundo a Dios! ¿Y después? ¡Después hay que dárselo todo al hombre! Pero ¿es que al hombre se le puede entregar el mundo con mayor plenitud que la que se le dio al principio de la creación? ¿Puede dársele de otra manera? ¿Puede dársele fuera del orden objetivo del ser, del bien y del mal? Y si se le entrega de forma diversa, es decir, al margen del orden objetivo, ¿no se revolverá acaso contra el hombre, sometiéndolo a esclavitud? ¿No le instrumentalizará? ¡Basta tener presentes en este momento los progresos de la física nuclear con la consiguiente locura de los armamentos, los progresos de la medicina con la correspondiente

locura de la anticoncepción! A todo esto hace referencia el texto conciliar sobre la justa y la injusta autonomía de las realidades terrenas y de las instituciones humanas: «... Por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida» (**Gaudium et spes** n. 36). ¡Qué profundo significado tienen estas palabras!

La anti-Palabra, sin embargo, no se detiene aquí. Prosigue su avance y penetra más a fondo, siguiendo la línea de su inspiración originaria. Las formulaciones del capítulo tercero del Génesis parecen llevarnos hasta la forma extrema de la negación, la del hombre de hoy. El concepto de alienación en la formulación de Marx, o por lo menos en la formulación que le dan sus seguidores actuales, es atribuido, como sabemos, también a la religión. La religión ejerce, según ellos, una función alienante. Alienar significa aquí deshumanizar. Por la religión el hombre se priva a sí mismo de su propio derecho a la humanidad en favor de Dios, es decir, en favor de un concepto que se ha formado por sí solo, sometiéndose, por tanto, a su propio producto.

Cuando, en el capítulo tercero del Génesis, el Maligno dice: «Se os abrirán los ojos y seréis como Dios» (Gén 3, 5), en estas palabras encontramos todo el panorama de la tentación del hombre, del propósito de enfrentarlo con Dios hasta la forma más extrema. Puede decirse que en la primera etapa de la historia del hombre esta tentación no sólo no fue aceptada, sino que ni siquiera recibió una formulación plena. Pero han llegado los tiempos en que ese aspecto de la tentación del Maligno ha encontrado su contexto histórico adecuado. Puede ser que dicho aspecto represente el más alto grado de tensión entre la Palabra y la anti-Palabra en la historia de toda la humanidad. Semejante concepción de la alienación comporta no sólo la negación del Dios de la Alianza, sino la negación de la idea misma de Dios, la negación de su existencia y al mismo tiempo el postulado —y en cierto sentido el imperativo— de la liberación de la idea de Dios, para afirmar al hombre.

He aquí un fragmento muy característico de la obra de Feuerbach sobre la religión: «En lugar del amor de Dios debemos reconocer el amor del hombre como única religión auténtica; en lugar de la fe en Dios, dilatar la fe del hombre en sí mismo, en sus propias fuerzas, la fe de que el destino de la humanidad no depende de un ser que se encuentra sobre ella, sino que depende de

sí misma; que el único demonio del hombre es el propio hombre: el hombre primitivo, supersticioso, egoísta, maligno; y al mismo tiempo que el único dios del hombre es el hombre mismo». Podemos ahora preguntarnos si estamos ya en el tramo final de ese camino de la negación que se inició en torno al árbol de la ciencia del bien y del mal. Para nosotros, que conocemos toda la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, ninguna etapa de este camino puede constituir una sorpresa. Aceptamos con temor, pero también con confianza, las palabras inspiradas del Apóstol: «Que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdition...» (2 Tes 2, 3).

El antropocentrismo laico se defiende mejor frente a la relación del hombre con Satanás, que frente a la relación del hombre con Dios o en general con lo «sacrum». El hombre está a solas, y para su grandeza es necesario que sea así, que esté a solas, por encima del bien y del mal, al margen de Dios y al margen de Satanás. Sin embargo, tal vez no es esto aquello en que consistió toda la perfección **sui generis** de la tentación del hombre, que le impulsaba a creerse solo. Estas son las perspectivas del capítulo tercero del Génesis que se hacen más comprensibles a la luz de los signos de nuestros tiempos que a la de los propios orígenes.

* * *

Misterio del pecado

El pecado del hombre, como comprobábamos en el análisis precedente, no tiene en sí el alcance del pecado de Satanás. Este último es la negación más absoluta que ha podido surgir en una criatura, en la voluntad creada; es el claro rechazo de Dios como padre y amor, como principio y fin de la Consumación: «amor sui usque ad contemptum Dei». Santo Tomás enseña que esta gravedad del pecado presupone un alto grado de perfección del mismo ser, de la inteligenciay de la voluntad, diferente del humano. El pecado del hombre no posee esta gravedad y no puede poseerla. Consiste en un desviarse de Dios, lo primero de todo a causa del desorden en la relación con las criaturas. Lo subraya muy bien el pasaje citado del Concilio que habla de la destrucción, causada por el pecado, de la «debida subordina-

ción» del hombre y de «su ordenación, tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación» (**Gaudium et spes** n.13).

Esto no obstante, también en esta forma el pecado del hombre es una «contraposición» del hombre referente a Dios nacida de su libre voluntad; es, por tanto, un «abuso de libertad» y un deseo de «alcanzar su propio fin al margen de Dios», que encuentra, como dice el Concilio, su fundamento también en el rehusarse, por parte del hombre, «a reconocer a Dios como su principio» (cf. **Gaudium et spes** n. 13). Es sabido, por lo demás, que la intensidad del pecado es diversa (cf., por ejemplo, 1 Cor 3, 12-15; 1 Jn 5, 16). Tanto la Sagrada Escritura como la Tradición utilizan esta distinción. La Sagrada Escritura nos habla de los pecados que excluyen del Reino de Dios (cf. 1 Cor 6, 9; Sant 5, 19-21).

¿Puede el hombre, en su vida, en su acción y en su intención, tener conciencia de este momento que se llama pecado mortal? Desde el punto de vista de la ruptura vital del vínculo con el divino «árbol de la vida» que es la gracia, esto evidentemente no es posible, porque forma parte del misterio. No obstante lo cual, sin embargo, el hombre lleva consigo este misterio, misterio que no está separado de su subjetividad, de su conocimiento y de su voluntad. Por esto tiene el hombre propios criterios de culpa y de pecado, los cuales le permiten al mismo tiempo vivir a la luz de la fe el misterio de la muerte a causa del pecado, y buscar la liberación (cf. Sant 5, 1), el renacimiento que Cristo nos aporta (cf. Rom 6, 3-14), y el perdón en el Espíritu Santo que El depositó en manos de los apóstoles (cf. Jn 20, 22-23). Es sabido también que el pecado crece

hasta el límite máximo no sólo en cuanto realidad subjetiva de la conciencia y de la voluntad humana, sino porque afecta a su relación con Dios, Espíritu Santo, fuente de gracia. Cristo, en efecto, dice expresamente que todo pecado cometido por los hombres podrá ser perdonado en esta vida o en la futura, pero que únicamente por el pecado contra el Espíritu Santo no encontrarán perdón eternamente (cf. Mc 3, 28-29 y paralelos). Estas palabras demuestran de forma evidente que la razón del perdón o no del pecado no la constituye el mal moral, dimensión puramente humana, sino que está en la relación con la fuente de la gracia, con el Espíritu Santo. Si faltara esta relación, incluso en sentido mediato (y la teología contemporánea parece que lo subraya particularmente), el pecado no sería nunca perdonado (cf. Mt 12, 32 y paralelos).

El hombre es capaz de cometer el pecado contra el Espíritu Santo, pecado que es análogo, según las medidas humanas, al de Satanás, pero no tiene ni podrá tener nunca su gravedad interior. Esto no obstante, es y seguirá siendo únicamente pecado a la medida del hombre y, a lo que parece, ante todo a la medida existencial de la complicada red de los condicionamientos propios del hombre. El pecado de Satanás contiene una dimensión de la negación de Dios absoluta, consciente y plenamente libre, elegida una vez y continuamente reafirmada. Y es precisamente esto lo que constituye el estado de rechazo que se llama infierno (Mt 22, 13; 25, 26-30.41.46; Jn 5, 29). Cuándo y qué pecado del hombre entra en la dimensión de este rechazo y conduce a tal rechazo, es cosa que forma parte del misterio (cf. 2 Tes 2, 7). Es evidente que esto pertenece también a la perspectiva escatológica de la fe (**Lumen gentium** n. 48).

Hallamos el pecado, perversión de la libertad humana, y causa profunda de la muerte, porque es una separación de Dios, fuente de la vida (Rom 5, 12), y después, a su vez, ocasión y efecto de una intervención en nosotros y en nuestro mundo de un agente oscuro y enemigo, el demonio. El mal no es ya sólo una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y perversor. Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa.

Quien rehúsa reconocer su existencia, se sale del marco de la enseñanza bíblica y eclesial; como se sale también quien hace de ella un principio autónomo, algo que no tiene su origen, como toda criatura, en Dios; o quien la explica como una pseudo-realidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras desgracias (Pablo VI, Alocución de 15 de noviembre de 1972).

El triunfo del Corazón de María y la unidad de la Iglesia

Por Eduardo VIVAS LLORENS
Párroco de La Jonquera - Girona

Se trata de una inquietud oculta que era necesario saliese al exterior; pero no sabía cómo. En tales circunstancias creo que lo mejor es aguardar el momento providencial, en el que Dios abre una puerta. Gracias a unos buenos amigos franceses conocí la Comunidad de la Teofanía —«Communauté de la Theophanie»— de rito oriental, que habita en la antigua abadía benedictina de «Sainte Marie de l'Orbieu» en «La Grasse», pueblecito próximo a Carcasona. Está emplazada en el centro de un frondoso valle a la vera de un río. Volví a los pocos días, acompañado del párroco francés con el cual comparto la pastoral en la frontera, para entrevistarme con el Superior de la misma, Daniel Vigne, diácono. Así se desarrolló nuestra conversación:

—Deseo pedirle algunas cosas, no sólo sobre la institución de «La Theophanie», sino también referente a la unión de las iglesias. En primer lugar, ¿cuáles fueron los orígenes de su Comunidad y ulterior evolución en el seno de la Iglesia Católica?

—Nació en Montpellier en un ambiente universitario. Los principios hay que buscarlos en un grupo de animación parroquial que se propuso activar la participación en la misa dominical. El momento de arranque lo dieron unos cuarenta jóvenes que comenzaron a orar conjuntamente.

—¿Cuándo tuvo lugar esta experiencia?

—En 1971, es muy reciente. Hay que situarla en el período de renovación posconciliar en un ambiente de cierta libertad.

—Hasta aquí es un hecho común; pero lo singular es que habiendo nacido en el seno de la Iglesia de rito latino en Occidente, haya entron-

cado tan vivamente con la espiritualidad del Oriente. ¿Cómo fue posible ese tránsito?

—Pues por una experiencia de vida y también por la Biblia. Esencialmente nuestra Comunidad en sus comienzos era orante y yo añadiría, evangélica; las referencias a los Hechos de los Apóstoles, tomando el ejemplo de la naciente Iglesia, fueron decisivas. Esto ocurrió en 1972 después de un retiro en un monasterio, cuando en presencia del P. Abad se pronunció el primer compromiso. A partir de entonces la Comunidad se unió en Montpellier dentro de un apartamento y poco a poco fue aumentando.

—¿Cómo surgió vuestra relación con Jerusalén?

—Dentro de nuestra Comunidad, algunos sintieron la vocación monástica, de modo que hoy «La Theophanie» tiene dos ramas: la monacal y la secular. Los monjes viven en Jerusalén, donde fuimos por primera vez en 1975 y el monasterio quedó constituido en 1980.

—¿Cómo se procedió al cambio de rito dentro de la Iglesia Católica?

—Evidentemente nosotros procedemos del rito latino. Nuestro Fundador, el P. Jacobe, estudió en Tesalónica (Grecia) y tuvo muchos contactos con la Iglesia Ortodoxa, que le marcaron profundamente. Luego propuso a la Comunidad seguir esa evolución, que fue aceptada; comenzando a amar la liturgia oriental, acabó por asumir el rito bizantino íntegramente. El cambio fue progresivo.

—Deseo proponerle una cuestión fuerte, que afecta a la misma jurisdicción canónica de la Comunidad «La Theophania», de rito oriental, den-

tro de la diócesis de Carcasona, de rito latino; evidentemente no puede estar al margen de la obediencia a su Obispo, mas por ser de rito oriental, debéis estar también bajo la jurisdicción de otro, que sea vuestro superior. ¿Quién es? ¿Dónde reside?

—Los cristianos de rito oriental que viven en la diáspora y son muchos; es decir, fuera de su lugar originario, tienen su propia jerarquía. Para los que residen en Francia el ordinario de los orientales es un arzobispo que vive en París, el cual delega su misión en otro prelado. A través suyo nosotros dependemos de la Congregación por las Iglesias Orientales y por ella estamos vinculados directamente con el Papa. En tal sentido nos parecemos a los religiosos exentos. En la Congregación para las Iglesias Orientales tenemos nuestro dossier y ha sido reconocida «La Theophanie» como comunidad católica de rito bizantino. La aprobación ha sido difícil, pues representa una excepción. Ahora se busca un estatuto jurídico adecuado a nuestra situación. En tanto que la Abadía de La Grasse está enclavada en la diócesis de Carcasona, dependemos de su obispo; y en tanto somos de rito oriental, estamos sujetos a la Congregación por las Iglesias de dicho rito.

—La razón más profunda de mi visita es presentarle la cuestión de la unión de las iglesias, objetivo cumbre del ecumenismo. Hay situaciones diversas y mi visión del problema es la siguiente:

La Iglesia Católica Romana busca la unión como un retorno de aquellas iglesias que están fuera de la obediencia del Papa, para encontrarse conjuntamente profesando la misma fe. Los Protestantes, dadas sus muchas divisiones internas, pretenden una confederación eclesial con un centro ejecutivo de tipo democrático y por tanto la Iglesia Católica pasaría a ser una entidad más dentro del conjunto. La Iglesia Ortodoxa mantiene en Oriente una fijeza de posiciones, amparada en la tradición, por la cual se encierra en sí misma y es muy difícil que se abra hacia la Iglesia Católica y mucho más hacia el Protestantismo. Pero además las iglesias ortodoxas están muy separadas, ya que el Patriarcado de Moscú es disidente respecto del de Constantinopla; con los coptos hay una relación fría, etc. Después dentro del ámbito del rito oriental existe la división entre la Ortodoxia separada de Roma y las Iglesias Orientales que se mantienen fieles al Papa.

En medio de tanta complejidad hay que buscar la unidad del Pueblo de Dios, superando dificultades inmensas. En consecuencia pienso que la «Comunidad de la Theophanie», católica de rito oriental, enclavada en nuestro Occidente latino, en relación por una parte con la Ortodoxia y por otra con el Protestantismo de nuestras latitudes, puede servir de puente de unión en favor del ecumenismo. Me parece descubrir ahí una misión providencial, tal vez a largo plazo.

Después de haberme escuchado con atención, respondió:

—Es muy difícil la unión. Hay que tener en cuenta que los católicos de rito oriental están en la oposición respecto a la Ortodoxia, que les reprocha el atraer a sus fieles para hacerlos católicos. Históricamente el «uniatismo» desde hace siglos, como política romana, ha pretendido formar iglesias católicas de rito oriental en detrimento de las ortodoxas. Hoy la situación ha cambiado.

Nosotros nos encontramos en el polo opuesto, pues no somos ortodoxos convertidos al catolicismo, sino católicos que hemos pasado al rito oriental, sin pretensión alguna referente a la Iglesia Ortodoxa. Nosotros le mostramos que tenemos su misma tradición y espiritualidad, manteniendo nuestra vinculación con el cabeza de la Iglesia que es el Sucesor de Pedro. Así vivimos en comunión con el origen de la misma Iglesia. Yo diría que queremos vivir respirando con el pulmón oriental dentro del ámbito cultural occidental y así hemos encontrado nuestra identidad eclesial.

Nosotros somos una Comunidad, no una comisión teológica, ni tampoco nos encontramos en la cumbre de la jerarquía. Nuestro trabajo es muy simple: ensayamos a la vista de los hombres occidentales la forma de vivir la espiritualidad oriental, no de una forma exótica, sino mediante la práctica de la liturgia, el conocimiento de los santos del Oriente y la asimilación de su doctrina. Por todo ello, amamos la Iglesia Ortodoxa, separada de la comunión romana.

Realizamos una labor de base. Tenemos por ejemplo una sección que trabaja en los iconos, que enviamos a todo el mundo, y una pequeña revista como medio de difusión; además nuestras celebraciones litúrgicas están abiertas a todo el mundo y periódicamente organizamos cursillos. Por último nuestro propio estilo de vida en Occidente, poco a poco puede dar a conocer el Oriente y amarlo en consecuencia. Mutuamente nos

acercamos y nos relacionamos, superando distancias que parecían inaccesibles.

—Me gustaría además conocer su punto de vista referente a la unión entre Ortodoxia y Protestantismo, como objetivo concreto del ecumenismo. Considero que el Protestantismo en su globalidad es muy complejo y dividido. Por consiguiente, la unión difícilísima.

—**Todo opone radicalmente al Protestantismo y a la Ortodoxia. Lo que la Iglesia Ortodoxa considera esencial, es precisamente lo que el Protestantismo tiene como accesorio: la liturgia, el dogma, los iconos. Si una cosa tienen en común, es su oposición a la Iglesia Católica.**

Nuestra Comunidad ha iniciado los contactos con los protestantes por medio de la Biblia y de la oración. Desde ciertos aspectos podemos ser punto de unión. Me parece importante adquirir la visión de la unidad de la Iglesia, pero en las circunstancias actuales no se ve posible realizarla según el modelo católico romano, de vertebrado jerárquico y centralista, ya que no puede aplicarse tal como está ni a las iglesias ortodoxas, ni a las comunidades protestantes. Hay que reconocer que en ciertos períodos de la historia poseía la jerarquía un poder muy fuerte, excesivo, lo cual tiene su peso e impide a unos y otros que entren dentro de la pirámide católica romana.

—¿Cuál es entonces el modelo ideal para la unión ecuménica de las iglesias, separadas entre sí, para formar un único Pueblo de Dios?

—El modelo protestante no es satisfactorio por su carácter excesivamente democrático; la jerarquía se diluye y en consecuencia las comunidades se fraccionan, se refunden, se modifican, hasta tanto que la misma noción de unidad ha desaparecido de su seno. Así como la Iglesia Católica de rito latino es totalitaria, la protestante carece de base visible de comunión.

El modelo ortodoxo me parece muy interesante, pues concede la autonomía de las iglesias y en su seno, la particular representa siempre a la universal, manteniendo vivo el sentido de comunión. El sistema patriarcal permite ajustar los dos aspectos: unidad y autonomía. El Patriarca preside, pero no es el jefe directo de todos los obispos, sacerdotes y fieles. Tiene tal sistema ciertamente sus defectos, sobre todo el nacionalismo, pues cada patriarcado se identifica con su propio país y sus compromisos políticos.

Mas en su constitución hay algo importante que la Iglesia Católica debe considerar, pues to-

das las iglesias de rito oriental fieles a Roma, funcionan con este sistema: hay los Patriarcas católicos sumisos al Papa y a su vez autónomos, con su propia jurisdicción y rito, con sus obispos, sacerdotes y fieles. Luego la Iglesia Católica tiene de hecho reconocido y experimentado el modelo patriarcal, ya que existe en su seno.

—Según se desprende de su explicación, es posible pensar en el supremo patriarcado del sucesor de Pedro, que garantizase como misión propia la unidad de fe de todo el Pueblo de Dios.

—Sí, considerándolo Primado entre los patriarcas por ser él el obispo de la primera iglesia, la de Roma.

—Pero, ¿sería posible aceptarlo desde la óptica protestante?

—Yo no sé si esto ocurrirá o no; mas no veo otra solución. Entonces el Papa, en tanto que obispo de Roma sería quien presidiese la unidad de todo el Pueblo de Dios, a título de Pastor de la primera Iglesia.

—En consecuencia es preciso que todas las iglesias que buscan la unidad del Pueblo de Dios evolucionen. Pero la gran dificultad radica en el orgullo humano que ofusca la verdad, enfría la caridad y degrada la comunión.

—Hay que tener en cuenta que si nosotros acá en la tierra queremos tener un centro de unión, es necesario saber cuál será su función precisa: si a modo de poder sobre todas las partes o como signo de una unidad santa participando de la vida divina. Aceptando el último modelo creo que puede darse un gran progreso hacia la unidad.

—Para conducir todas las Iglesias separadas a Cristo, su suprema Cabeza, desde el más puro sentido místico y real, ¿no es verdad que tenemos hoy absoluta necesidad de recurrir a la Virgen María de un modo más profundo que el de la devoción simple y tradicional?

—Sí, ciertamente. María es como la Iglesia en persona o si se quiere la personifica por entero. Es muy doloroso observar cómo nuestros hermanos protestantes se muestran tan reticentes. Pero mire: si la Virgen María representa la Iglesia, es inseparable de su vida mística, está presente en ella, y forma parte de su misterio. Estoy refiriéndome a una vivencia interior, muy profunda y discreta. Hay algunos síntomas que demuestran cómo los protestantes están atraídos por esa realidad espiritual y misteriosa.

—Por mi parte pienso que es necesario descubrir y proponer la naturaleza misma de la vida

interior de la Virgen María para aplicárnosla, a nivel individual e incluso eclesial, de tal forma que Ella sea el modelo y nosotros su reproducción. Entonces su divina maternidad se verá plena y perfectamente cumplida, con una fecundidad insospechada en comunión de los santos. Yo diría que el Cuerpo místico de Jesucristo ha de vivir, por ser en su unidad su única y verdadera Esposa, la vida interior reproduciendo la de la Inmaculada. Por tanto María tiene que cumplir históricamente una misión muy importante en orden a la unidad del Pueblo de Dios.

Fátima tiene un nombre muy conocido en el mundo. Allí la Virgen prometió su triunfo final como una gracia de su Corazón Inmaculado en favor de la humanidad. Es preciso pues mostrar cómo el «camino divino femenino», el propio de la Madre de Dios para encontrar la unidad de las Iglesias junto a Jesucristo, su Esposo y Cabeza, induce a superar las dificultades históricas que humanamente han causado tanta división. Por nuestra parte opino que debemos cultivar una humildad semejante a la suya, como virtud fundamental, ya que el orgullo está en la base de todas las rupturas y constituye el gran escollo de la unión en nuestro tiempo de tanta actividad ecuménica. Cultivando la humildad a semejanza de María, se requiere una ímproba labor ascética, en nuestros corazones se reflejará la fe pura, la esperanza plena y la caridad ardiente que Ella tenía, que son las virtudes teologales que nos unen a Dios y han de constituir el alma de su Pueblo. Luego resulta viable encontrar la unión de las iglesias por María.

—Ciertamente. Y podemos añadir también, que por la dócil acogida al Espíritu Santo, pues en eso la misma Virgen María es nuestro modelo. La unión de las iglesias no se logrará a costa de diálogos entre comisiones de teólogos, ni con documentos firmados por compromiso, ni por encuentros y celebraciones, sino por la verdadera conversión de los cristianos a Dios, unida al gesto del perdón generoso y de la reconciliación, expresadas por la jerarquía de un modo visible.

Entre tanto todo eso ha de vivirse en el corazón de una manera profética, espiritual.

—Una última cuestión, que la confianza me mueve a proponer, y perdone el tiempo que le quito. Vd. conoce Jerusalén y allí están presentes todas las iglesias cristianas separadas, además con la realidad de la difícil integración en un solo Pueblo de Dios, de Israel y la Iglesia. Por tanto, la «Primera Ciudad Santa del Mundo» patentiza ante la humanidad el escándalo de la división en torno a Cristo. ¿Cómo en el lugar de la Redención, de la Pascua y de Pentecostés, ve Vd. el signo de la esperanza ecuménica en nuestra época?

—Yo la veo al modo de Jesús glorioso que contempla cada año a las diversas iglesias de Jerusalén, representativamente reunidas en la cumbre del Monte de los Olivos, en la festividad de la Ascensión. En el mismo lugar que la tradición la señala, hay una mezquita y todo el recinto es de propiedad musulmana. Allí se levanta una pequeña capilla de la época de las cruzadas y a su alrededor se reúnen las delegaciones de cada comunidad cristiana; cada cual construye su tienda, una al lado de otra, celebrando al mismo tiempo su propia liturgia. Entonces todas las iglesias se encuentran a la vez unidas y distanciadas; diferenciadas por sus respectivas liturgias que cada cual celebra en su «templo provisional» y sobre terreno extraño, del cual ninguna de las allí congregadas, tiene dominio o propiedad terrenal. Pero a su vez se sienten todas unidas junto a Jesucristo glorioso e invisible y en una misma esperanza.

Esta experiencia me ha marcado profundamente, pues representa la situación de toda la Iglesia, que espera a su Señor Jesucristo, y también expresa el valor escatológico de la Nueva Jerusalén que desciende de Dios.

—Entonces la razón suprema de la unidad se encuentra en el Apocalipsis...

Al despedirnos nos invitó a la gran fiesta de «La Theophanis», que es la Transfiguración del Señor.

La Grasse, 7 de julio de 1986

EL BEATO JOSE M.^a RUBIO PERALTA, APOSTOL DEL CORAZON DE JESUS

Rafael CEÑAL, S.J.

El día 6 de octubre del año 1985 S.S. el Papa Juan Pablo II ponía en el catálogo de los Beatos al P. José M.^a Rubio Peralta, a Diego Luis de San Vitores y a Francisco Garate. Era un día grande para la Iglesia española. El Beato José M.^a Rubio Peralta fue el apóstol de Madrid, el Beato Diego Luis de San Vitores mártir en las Islas Marianas, y el Beato Francisco Garate el santo de la humildad y sencillez en la portería de la Universidad de Deusto.

El pueblo pintoresco de Dalías, con sus recuerdos de la dominación árabe arrulló la cuna y los primeros años del Beato José M.^a Rubio. El grajeo andaluz nada estrepitoso le acompañaría todos los días de su vida. Dalías conserva como un relicario la casa del Beato, el patio y el árbol a cuya sombra estudiaba y leía el joven José M.^a

Hizo sus primeros estudios eclesiásticos en Almería, que después continuó en Granada. Allí trabó estrecha amistad con Don Joaquín Torres Asensio, teólogo consultor del Concilio Ecuménico Vaticano I. Al trasladarse éste a Madrid le siguió su protegido, el seminarista José M.^a Rubio. Corría el mes de agosto de 1887, gobernaba la nave de Pedro el sabio Pontífice León XIII y regía los destinos, por minoridad de Alfonso XIII, su augusta madre doña María Cristina Habsburgo Lorena. El día de la Virgen del Pilar, D. José M.^a Rubio celebraba su Primera Misa en altar y capilla de la Virgen del Buen Consejo. Sin duda Ella era su confidente de su vocación sacerdotal y religiosa. La elección de este altar y esta capilla no se hizo al azar. La Capilla del Buen Consejo, que se hallaba en el Colegio Imperial, fundado por María de Austria, hija de Carlos V y hermana de Felipe II, fue testigo del llamamiento extraordinario a la Compañía de San Luis Gonzaga y de la vocación extraordinaria del Beato Diego Luis de

San Vitores. Ella aconsejó la vocación a la Compañía del P. José M.^a Rubio.

Se cumplían por fin los santos deseos que tanto tiempo tenía en su alma: el apostolado y conquista de almas mediante el ministerio sacerdotal. El pedía decir como San Juan Bosco: Da mihi anima caetera tolle.

A primeros de noviembre de 1887 es nombrado Coadjutor de Chinchón. Era una villa agrícola, de mucha historia, con unos cinco mil habitantes. Juntamente con el nombramiento de Coadjutor recibiría el nombramiento de Capellán del Convento de Clarisas de Nuestra Señora de la Piedad. A ellas les dio una tanda de Ejercicios y de ellas recibía oraciones, aliento y consuelo en su ruda labor apostólica.

La señora Candelas, que le recibió como huésped, fue testigo de sus vigiliadas, de su austeridad y de su penitencia: el lecho del Padre permanecía intacto y por las noches se le oía hablar en el alto con el Señor. Muy de mañana se iba a hacer de lámpara viviente ante el Sagrario de la Parroquia o de las Clarisas. Allí bebía su ardiente devoción al Corazón de Jesús. Las puertas de las casas de Chinchón con las placas de la consagración de las familias al Sagrado Corazón son un testimonio irrefragable de su labor apostólica en este sentido.

Los más pobres y necesitados eran el objeto de sus predilecciones y de su caridad ardiente. A ellos iban a parar buena parte de sus modestos ingresos mensuales, su ropa y a veces hasta su mismo sustento. Todo el vecindario de Chinchón percibe el fragante olor de sus virtudes y es voz común que D. José era un santo.

Más adelante, el 24 de septiembre de 1889, era nombrado Párroco (Ecónomo) de Estremera, pueblo situado en el ángulo sur de Madrid, cerca de

la raya con Guadalajara. Se hizo cargo de la Parroquia el 12 de octubre siguiente. Aquí hizo una labor de restauración: de la Iglesia en estado algo ruinoso y de los libros parroquiales. La trayectoria sacerdotal y apostólica del P. Rubio en Estremera corrían parejas con la de Chinchón: «Ora et labora»: oración y trabajo. Como el Santo Cura de Ars se pasaba horas y horas ante el tabernáculo, sobre todo durante la noche. Funda las Hijas de María y la Cofradía del Sagrado Corazón. Ha restaurado con nuevos estatutos la Cofradía del Santísimo Sacramento.

Su gran amigo, el canónigo Torres Asensio, no cejaba en tenerlo cerca de sí en el mismo Madrid capital. Se empeñó en que tomase parte en unas oposiciones a una canonjía vacante. Como no tuviese éxito en ellas logró que le nombrasen Profesor del Seminario de San Dámaso. Allí hubo de enseñar Metafísica General y el curso de «perfit» de latín.

En marzo de 1893 recibió el nombramiento de Capellán de las Religiones Bernardas, cargo que tuvo hasta el año de 1906. Más adelante fue nombrado Notario eclesiástico y encargado del Registro de la Vicaría. Por este tiempo rompe sus primeras lanzas en el apostolado: tiene con frecuencia sermones y pláticas, sin ropaje oratorio, de gran sencillez, pero con tal unción que cautivaba los corazones y los llevaba a Dios; se pasa largas horas en el confesionario reconciliando las almas y dirigiéndolas espiritualmente; labor espiritual en los suburbios madrileños; catequesis con los niños y entrega a los pobres y necesitados: era el esbozo de todo un programa que desarrollaría después.

En el año 1904 (marzo-abril) D. José M.^a Rubio tomó parte en una peregrinación a Tierra Santa. Presidía la peregrinación el Sr. Obispo de Palencia e iban con él 70 sacerdotes. El Siervo de Dios procuró emular la devoción de San Ignacio a los Santos Lugares.

Muerto el 16 de enero de 1906 su protector D. Joaquín Torres Asensio, se vio libre para realizar el gran anhelo de su vida: inscribirse en la santa milicia ignaciana.

Una vez arreglados y puestos en orden los asuntos de la herencia de D. Joaquín Torres Asensio y los suyos propios y después de celebrar la Santa Misa ante la Virgen del Buen Consejo, que la guía de su vocación el 8 de octubre salía de Madrid para dirigirse a Granada, donde estaba el Noviciado de la Provincia jesuítica de Toledo.

Comenzó su noviciado el 11 de octubre y tuvo como Maestro de Novicios al P. José M.^a Valera, que sería durante dieciséis años su Director Espiritual. El P. Rubio solía decir: «El P. Valera me quiere más todavía que Don Joaquín».

A pesar de sus 42 años, el novicio P. José M.^a Rubio se adaptó plenamente al noviciado siendo un gran ejemplo para todos: era plenamente feliz con su vocación.

En el verano de 1909 fue destinado a la Residencia de Sevilla, allí comenzó sus ministerios en la Compañía. Tenía una gran actividad apostólica: dirigió la Congregación Mariana de jóvenes, la Comunión Reparadora Militar, el Apostolado de la Oración, las Conferencias de San Vicente de Paul y las Escuelas Nocturnas para obreros. Uno de sus ministerios preferidos era el confesionario, al que dedicaba largas horas. Intervino en la gran misión de Sevilla y predicó con fruto extraordinario en las Parroquias de la Magdalena y Santa Marina.

En septiembre de 1910 fue a hacer la Tercera Probación a la Casa de Manresa bajo la dirección del gran maestro de espíritu P. Luis Puiggrós. Según escribía éste, el P. José M.^a Rubio se distinguía «por su sencillez y por su discreta humildad».

Al terminar la Tercera Probación, el que fue su Maestro de Novicios y ahora Provincial P. José M.^a Valera le destinó a Madrid. La capital de España sería el campo principal de su apostolado desde el año 1911 hasta el 1929. Viviría en la calle la Flor en lo que fue Casa Profesa desde el 5 de noviembre de 1911, por decreto del entonces General P. Fco. Javier Wernz.

Conviene subrayar dos hechos muy importantes en la vida del P. Rubio: el 2 de febrero de 1917 hace sus últimos votos en la iglesia del Colegio de la Inmaculada (Areneros y cuando en 1924 la Provincia jesuítica de Toledo se divide en Toledo y Andalucía, el P. Rubio, aun siendo andaluz sigue adscrito a la Casa profesa de Madrid.

Aquí en Madrid desarrolló tres maneras principales de apostolado: el confesionario, el púlpito y la atención a los pobres y necesitados, lo que hoy diríamos apostolado social.

El confesionario le ocupaba gran parte del día. Había que hacer cola y esperar algunas veces horas y horas para llegar a él. Tenía un don de bondad, caridad y de consejo que atraía a él las almas. Ya han pasado muchos años y el autor de estas líneas no puede olvidar el amor y la bondad que desplegó con él en una confesión. No

perdía el tiempo: «cuando contesta parece, dice un penitente, que está poniendo un telegrama». Hace unos meses nos regalaron el cuentaconfesiones del Padre. El nos podría decir las innumerables confesiones que oía.

Otro de sus ministerios era la predicación. Según decía el Obispo de Madrid, Dr. Eijo y Garay, «hablaba a todo el ser, cabeza y voluntad ordenadas a la acción». El P. González Gil, misionero del Japón (recientemente fallecido) me contó que estando en Aranjuez vino a Madrid y un domingo oyó una Lección Sacra al famoso P. Alfonso Torres. Era una pieza oratoria con partes, subpartes, etc. En una palabra: modelo de oratoria. Por la tarde de aquel mismo día oyó una Hora Santa al P. Rubio. Estaba la Iglesia abarrotada: «yo no sé lo que dijo, pero al final de aquella hora santa salí convertido». Su predicación se fraguaba ante el Sagrario.

Otro de sus ministerios preferidos fueron los pobres. Testigos de esto son, de sacerdote, Chinchón, y Estremera ya de jesuita. El no era clasista. El Palacio Real, Casas de grandes, buhardillas y casuchas. Trataba de poner un puente entre pobres y ricos. Trabajó con mucho celo en el suburbio madrileño: Entrevías, los Pinos, Usera, La Almenara y principalmente la Ventilla. Allí fundó una Iglesia y una Escuela. Los dos maestros más señalados que él puso, murieron mártires.

Dirigió almas muy extraordinarias como Doña Luz Casanova, Mercedes Reina, Cristina de Arteaga, etc.

Fruto de su dirección y predicación fueron las Marías de los Sagrarios y los Discípulos de San Juan. Obra que él propagó en Madrid y en los pueblos de la Provincia.

Fue apóstol incansable de la devoción al Sagrado Corazón. Fomentó la Congregación de las familias, pero con una renovación de la vida cristiana en cada una de ellas. Fruto de este amor al Corazón fue su celo en promover la Guardia de Honor.

El P. Rubio, de un modo callado pero muy eficaz, contribuyó a la consagración de España al Corazón de Jesús hecha por S.M. el Rey Don Alfonso XIII el 30 de mayo de 1919. Desde entonces el Cerro de los Angeles sería escenario de su labor apostólica en pro de la devoción al Sagrado Corazón.

Murió con el corazón destrozado por su amor al Corazón de Jesús el 2 de mayo de 1929, fiesta de María Reparadora.

S.S. el Papa Juan Pablo II lo inscribió en el catálogo de los Beatos el 6 de octubre de 1985, juntamente con sus hermanos en religión Diego Luis de Sanvitores y Francisco Garate.

Sabemos, sin embargo, muchas cosas de este mundo diabólico, que atañen a nuestra vida y a toda la historia humana. El demonio está en el origen de la primera desgracia de la humanidad; él fue el tentador falaz y fatal del primer pecado, el pecado original (Gén 3; Sab 1, 24). Desde aquella caída de Adán el demonio adquirió un cierto dominio sobre el hombre, del que sólo la redención de Cristo nos puede liberar. Es historia que dura todavía: recordemos los exorcismos del bautismo y las frecuentes referencias de la Sagrada Escritura y de la Liturgia a la agresiva y oprimente «potestad de las tinieblas» (cf Lc 22, 53; Col 1, 13). Es el enemigo número uno, el tentador por excelencia. Sabemos así que este ser oscuro y turbador existe realmente, y que actúa todavía con traicionera astucia; es el enemigo oculto que siembra errores y desventuras en la historia humana. Debemos recordar la reveladora parábola evangélica del trigo y la cizaña, síntesis y explicación del carácter ilógico que parece presidir nuestras contrastantes vicisitudes: **inimicus homo hoc fecit** (Mt 13, 28).

(Pablo VI, Alocución de 15 de noviembre de 1972)

En el Centenario de García Morente

Eudaldo FORMENT

La formación de García Morente

Con motivo del centenario del nacimiento del filósofo español Manuel García Morente (1886-1942), durante todo este año, y especialmente en abril, porque nació el día 22 de este mes de 1886, se están celebrando una serie de actos en toda España, promovidos, la mayoría, por el Comité del Centenario, que tiene su sede en Madrid. Se han organizado conferencias conmemorativas en distintas Fundaciones y en varias Facultades universitarias, y está prevista la publicación de escritos suyos aún inéditos y un volumen de homenaje escrito en colaboración de estudiosos de su obra. En Barcelona, por ejemplo, se inauguró el curso académico de Balmesiana y del Instituto Filosófico de Balmesiana con una lección sobre un aspecto de la filosofía de García Morente.

La celebración de este centenario será muy útil para que se analicen y descubran facetas de su pensamiento, pero también para recordar su inesperada e insólita vuelta al catolicismo, ya casi al final de su vida, precisamente en este año que se conmemora el XVI Centenario de la conversión de San Agustín. Porque, como ha dicho uno de sus biógrafos, en la conversión de García Morente «es dado ver una de las más extraordinarias y ejemplares experiencias religiosas de nuestro siglo y uno de los más bellos triunfos de la verdad y de la gracia divina» (1).

(1) M. de IRIARTE, **El profesor García Morente, sacerdote**, Madrid, Espasa-Calpe, 1956, p. 296. Se han aportado nuevos datos sobre su vida y pensamiento, no indicados en esta documentada obra, en el ciclo de conferencias celebradas en el mes de abril de este año en Jaén, tierra donde nació. También, por otra parte, hay que tener en cuenta, los numerosos artículos aparecidos en la prensa española, como en «Ya», «ABC»... y revistas especializadas, «Revista de Occidente», «Verbo», «Espíritu», «Pacem», etc.

El mismo García Morente dejó un extenso relato sobre su conversión (2), escrito cuando ya habían pasado algo más de tres años, en setiembre de 1940, iniciándolo casi un año antes de la misma, en agosto de 1936. Pero para comprender mejor la génesis de su vuelta a Dios, es necesario tener presente lo que había sido su vida hasta entonces.

Había nacido en Arjonilla (Jaén). Hijo de un médico oculista liberal, que había trabajado durante mucho tiempo en una clínica de París. En cambio su madre era una ferviente católica. Pero poco pudo educarle, porque cuando regresaban a España, para establecerse en Granada, su padre dejó a sus dos hermanas, Guadalupe y Beatriz, en un colegio de religiosas francés, y a él, que era el hijo menor, con sólo ocho años de edad, en el Liceo de Bayona; y, por desgracia, su madre falleció al año siguiente (3).

Al poco tiempo, mientras estudiaba el bachillerato francés, perdió totalmente la fe. Una vez terminado, obteniendo el «grand prix», en 1903, pasó a estudiar a la Sorbona, siendo sus maestros el espiritualista francés Emile Boutroux (1845-1921), el sociólogo Lucien Lévy-Bruhl (1857-1939), el vitalista Enrique Bergson (1859-1941) y el positivista Frédéric Rauh (1861-1909) entre otros. La licenciatura en Letras la obtiene en 1905 también brillantemente.

Ya en España ingresa en la «Institución Libre de Enseñanza», la organización pedagógica privada, fundada por el krausista Francisco Giner de

(2) M. GARCIA MORENTE, **Hecho extraordinario**, en M. de IRIARTE, **El profesor García Morente, sacerdote**, op. cit., pp. 58-90.

(3) María Josefa GARCIA MORENTE, Vda. de BONELLI, **Notas biográficas de don Manuel García Morente**, en M. GARCIA MORENTE, **Ejercicios espirituales**, Madrid, Espasa-Calpe, 1961.

los Ríos (1833-1915), discípulo de Julián Sanz del Río (1814-1869) que había introducido en España esta filosofía idealista, muy próxima al panteísmo, del alemán K. Kraus (1781-1832), para sustituir al pensamiento católico. Por ello, la «Institución», cuya influencia fue muy grande entre el profesorado e intelectuales, a pesar de declarar su neutralidad religiosa, era irreligiosa e incluso abiertamente hostil al catolicismo. Pretendía suplirlo por una especie de moral natural, fundada en la autodisciplina y en el amor a la naturaleza. En 1908 García Morente regentaba una cátedra de filosofía en la «Institución», que deja en 1909 para ir a estudiar a Alemania y aprender su lengua.

Al final de este curso, por el gran esfuerzo que había realizado en tan poco tiempo en el aprendizaje de la lengua alemana y en la asistencia a las clases de la Universidad de Berlín, el agotamiento le produjo una crisis nerviosa. En el relato de su conversión refiere este hecho ocasional de origen somático y que no indicaba ningún desorden psíquico. «Yo nunca he padecido trastornos nerviosos, salvo dos veces en mi vida; la una, en 1910 (tenía yo, veinticuatro años) estando en Alemania; sentíame fatigado de esfuerzos intelectuales, y fui a pasar un verano a una isleta del mar del Norte, llamada Amrun. Allí tuve un día un ataque de nervios, con pérdida de conocimiento, y el médico de la localidad diagnosticó epilepsia. El diagnóstico era verdaderamente falso, pues yo regresé en seguida a Berlín, asustado y fui a consultar al doctor Lewandowsky, que refutó cumplidamente el diagnóstico y atribuyo todo sin vacilar al estado de fatiga intelectual en que me hallaba. Quedóme durante unas semanas una ligera agorafobia, que en seguida desapareció» (4), es decir, un temor a cruzar espacios abiertos y juntarse con la multitud.

En el curso siguiente, con una beca concedida por la Junta de Ampliación de Estudios, continuó formándose filosóficamente en la universidad alemana de Marburgo, donde fue alumno de los famosos neokantianos Ernst Cassirer (1874-1945),

(4) M. GARCIA MORENTE, *Hecho extraordinario*, op. cit., p. 74. La otra vez que le ocurrió fue en 1914 al nacer su hija mayor. «También me encontraba muy cansado física e intelectualmente, y además la tensión nerviosa que un parto largo de mi mujer había producido en mí, fue sin duda la causa de que tuviera un ligerísimo ataque, que, desde luego, fue atribuido a la fatiga. Y desde entonces, efectivamente, no he vuelto a sentir nada» (ibidem).

Paul Natorp (1854-1924) y Hermann Cohen (1880-1947), que le convierten en kantiano. Esta filosofía le justifica su agnosticismo y la posibilidad de una moral laica. Su fervor por Kant se advierte en su tesis doctoral, defendida en Madrid, a su regreso en 1911, que fue sobre «La estética de Kant», y también en uno de sus primeros libros titulado **La filosofía de Kant. Una introducción a la filosofía** (1917).

Grandes éxitos profesionales

A principios de 1912 gana la cátedra de Ética de la Universidad de Madrid, cuando sólo contaba veinticinco años de edad. En su **Diario de los Ejercicios Espirituales** de 1940, García Morente al examinar este momento de su vida se reprende por: «la fe perdida, la soberbia de un pensamiento autónomo construyendo sistemas del Universo sin Dios o, lo que es lo mismo, con un Dios que de Dios sólo tiene el nombre. Luego más triunfos todavía. A los veinticinco años, catedrático de la Universidad de Madrid. ¡El catedrático más joven de España! Y vertiendo pedantesco en la cátedra, con suavidad escéptica, toda suerte de falsedades, errores» (5).

Poco después, el 13 de mayo de 1913, se casó con Carmen García del Cid, una mujer muy católica, alumna del colegio de Málaga de las religiosas de la Asunción, la congregación francesa fundada en el siglo pasado, por la Madre María Eugenia de Jesús, que tenían también convento en la calle Velázquez de Madrid. Según cuenta su hija mayor, María Josefa: «La esposa ofrece día por día su vida entera por el esposo descreído. Ni palabras, ni súplicas, ni reconvenções inútiles; ¿para qué? O ¿no estuvo ya todo dicho y asentado antes del matrimonio? Nada más que orar y pedir. Y con ella, su propia familia, que mi padre supo conquistarse en seguida. Y el camino de oraciones, ejemplos y discretísimo silencio que ella marcó, es el que siguieron después sus dos hijas, que el padre vio gutoso se educaran en la Asunción» (6).

La menor de sus hijas, Carmen, que tres años después de su conversión, entró en la Asunción, tomando el nombre de madre María Almudena,

(5) Idem, *Ejercicios espirituales*, op. cit., «día 27, viernes», p. 87.

(6) María Josefa GARCIA MORENTE, Vda. de BONELLI, *Notas biográficas de don Manuel García Morente*, op. cit., p. 27.

escribió: «Hubo un día en que recuerdo perfectamente que me di cuenta de una realidad nueva y dolorosa para mí, aunque era una niña que sólo contaría seis o siete años (...) era un domingo por la mañana, y yo, que había visto ir a misa a toda mi familia, no salía de mi estupor al ver a mi padre con su traje de casa sentado en su sillón, sin dar la menor muestra de salir a la calle (...) me dijeron que «eso» era una pena muy grande que teníamos y que rezara mucho para que papá se convirtiera y fuera a misa (...) desde entonces uní mis oraciones a las de otros miembros de la familia, desde entonces me di cuenta que todas las alegrías que había en casa estaban siempre enturbiadas por esa angustia. Y nuestra confianza en la oración no desmayó nunca» (7).

Sin descuidar nunca la vida de familia, pues para García Morente, su familia siempre fue algo muy querido, sus éxitos profesionales van en aumento. Tiene fama de experto en filosofía moderna, de la que era un gran conocedor. Basta tener en cuenta que en estos años traduce obras de Descartes, Leibniz, Kant, Brentano, Husserl, del fenomenólogo Pfander, Spengler, del neokantiano Rickert y del filósofo de moda entonces Keyserling. Colabora con Ortega y Gasset, que había conocido ya en Marburgo, en la **Revista de Occidente**, también fue redactor de la **Revista General**, de **El Sol** y del **Diario de Madrid**.

Su prestigio en los salones literarios por su gran cultura y su claridad expositiva era enorme, se le llamaba «el filósofo de las duquesas» (8). También «triumfa en la cátedra con una facilidad de expresión, una claridad de ideas y de lenguaje, una maestría en adaptarse a todos los públicos, una sutileza de observaciones; todo ello unido a una voz cálida, vibrante, viril y dulce al mismo tiempo, que es uno de sus mayores encantos. Los alumnos lo admiran».

Además de la filosofía su gran afición era la música, «amábala apasionadamente y la conocía y entendía como pocos. En los conciertos, a los que acudía regularmente y con gran entusiasmo, era hasta molesto estar con él. No toleraba a su lado, no digo una palabra, pero ni un gesto o movimiento (...). A veces, ya por la mañana, se sen-

taba a su piano querido, repitiendo los más bellos fragmentos de ópera, o piezas de clavecinistas franceses. Y hasta improvisaba trozos descriptivos, excelentemente logrados» (9).

Se entregó a la actividad profesional de una forma total al morir muy pronto su esposa, el 27 de junio de 1923. Otro golpe muy fuerte lo recibió con la muerte de su hermana mayor, en 1928; diez años después contaba el mismo García Morente en una carta que «mi hermana, pocas horas antes de morir, me llamó a su lado, y a solas, y en términos de profunda exaltación me habló con la ternura de una madre y me hizo prometer que si algún día la gracia de Dios Nuestro Señor venía a visitarme, no le haría resistencia. Yo se lo prometí, en efecto, y desde ese día quedé impresionado y preocupado» (10). Guadalupe le había hecho de madre, pero nunca hasta antes de morir le había hablado de Dios y de su increencia, sólo oraba y rezaba por él.

Su intenso trabajo dio sus frutos. En 1930 fue nombrado subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, durante el gobierno del general Berenguer. En 1931, el claustro de profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid le designó por unanimidad su decano. Durante su decanato reformó los planes de enseñanza, organizó la biblioteca, promovió cursos para extranjeros y terminó la nueva Facultad en la Ciudad Universitaria, entre otras muchas tareas.

En 1932 es elegido académico de número en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Poco antes había dado conferencias en Weimar, y en 1934 dio un curso, invitado por la Asociación de Cultura de Argentina, en Buenos Aires. También, el año anterior, había dirigido el crucero del Mediterráneo, cuna de la cultura occidental, en el «Ciudad de Cádiz».

Lucha interior

María Josefa, su hija mayor, en 1934, se casó con el ingeniero de montes e ingeniero geógrafo Ernesto Bonelli. El escrito de su conversión em-

(7) M. María Almudena, **Recuerdos sobre mi padre**, en M. GARCÍA MORENTE, **Ejercicios espirituales**, op. cit., p. 18.

(8) Cf. A. GUY, **Histoire de la Philosophie espagnole**, Toulouse, Publications de l'Université de Toulouse-le-Mirail, 1983, p. 272.

(9) María Josefa GARCÍA MORENTE, Vda. de BONELLI, **Notas biográficas de don Manuel García Morente**, op. cit., p. 29.

(10) M. GARCÍA MORENTE, **Del epistolario de don Manuel García Morente, catedrático de la U. Central**, «Estudios» (Madrid) 3 (1945), pp. 179-185. Cf. M. de IRIARTE, **El profesor García Morente, sacerdote**, op. cit., p. 30.

pieza precisamente narrando su asesinato en Toledo, el 28 de agosto de 1936 por pertenecer a la Adoración Nocturna. Declara que «yo sentía por mi yerno un gran cariño, mezclado con algo así como respeto y admiración. Era un joven de veintinueve años, digno de amor por todos conceptos. Su conducta moral había sido siempre ejemplar. No creo equivocarme al afirmar que había llegado al matrimonio en perfecto estado de pureza. Su vida personal también había sido siempre de acendrada religiosidad».

El matrimonio había tenido dos hijos, María del Carmen, que tenía entonces un año recién cumplido y Emilio, que había nacido hacía dos meses. Continúa explicando García Morente que «recibí la noticia de su muerte estando yo en la Universidad en el acto de entregar el decanato —del que fui destituido por el Gobierno rojo— a mi sucesor, señor Besteiro (...). La tragedia de mi pobre hija, viuda a los veintidós años, con dos hijitos, a los dos años de matrimonio, trastornó por completo mi pensamiento, mi sentimiento, mi vida entera. (...) En mi casa reinaba el silencio trágico de la angustia y el terror. Yo no salía en absoluto a la calle. Nadie de casa salía, sino lo indispensable para las necesidades de la vida».

Toda la familia vivía en una constante inquietud, que la refleja García Morente en este escrito, por ejemplo, al contar que «un día, los milicianos vinieron a llevarse al hijo mayor de nuestros vecinos de piso. El pobre muchacho fue a la cárcel, y más tarde lo asesinaron en Paracuellos. Otro día (...) vinieron a registrar mi casa. El día entero nos lo pasábamos atisbando, detrás de las persianas echadas, todos los coches que se detenían en la puerta de la caa. Con el corazón encogido contábamos los escalones que subían los asesinos, y cuando habían pasado nuestro piso lanzábamos un suspiro de satisfacción. ¡La muerte iba a otra casa!».

Casi al mes de su destitución del decanato y de la cátedra le llegó confidencialmente la noticia que peligraba su vida, «pues se había acordado por ciertos elementos descontentos de mi gestión en el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras darme la muerte, como era usual entonces». Inmediatamente salió para París, obtenida la documentación gracias a un ministro amigo suyo, y después de algunos incidentes, llegó el día 2 de octubre de 1936.

Solo, sin dinero y angustiado por la suerte de su familia y por si había sido acertada su deci-

sión de huir, pudo sobrevivir gracias a algunos amigos. «Un buenísimo amigo (Ezequiel de Selgas), español, que tenía —y tiene— un pisito en París, puso a mi disposición un cuarto con una cama y un armario. Una buenísima señora (M. Malloy), francesa, viuda de un antiguo compañero mío de estudios de la Sorbona —muerto gloriosamente por su patria en 1914—, me brindó caritativamente la mesa de su hogar. Dormía, pues, y comía».

Su situación económica mejoró algo, al recibir el encargo de la Editorial Garnier Frères de elaborar un diccionario de francés-español, gracias a las gestiones de un editor catalán, amigo suyo, refugiado también en París. A mediados de marzo de 1937, otro amigo suyo, el profesor Alberini, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Tucumán (Argentina), le ofreció una cátedra en dicha facultad. García Morente contestó que se trasladaría a la Argentina si podía conseguir que sus hijas y sus nietos se reunieran con él. Había ya iniciado gestiones, para que pudieran salir de España, en la Cruz Roja Internacional y en la embajada inglesa, pero habían fracasado.

Todo ello no hacía más que aumentar su preocupación e inquietud, pues, según continúa diciendo en el relato, «por mucho que pensaba, no encontraba la manera de enfocar útilmente el problema de sacar de España a mis hijas. ¿Cómo hacer? Justamente ahora, cuando el ofrecimiento argentino me daba resuelto el problema de mantener a mi familia fuera de España; justamente ahora, era cuando no veía luz alguna ni resquicio por donde iniciar la gestión».

Pocos días después, visitando a Ortega y Gasset, que vivía entonces en París, encontró en su casa un catedrático de la Universidad de Madrid, muy amigo suyo, uno de cuyos hijos, era el secretario particular del doctor Negrín, ministro de Hacienda del gobierno de Largo Caballero, y que le dijo que precisamente llegaba su hijo al día siguiente. García Morente pudo entrevistarse con él, obteniendo la promesa de que le pediría a Negrín, amigo también de Morente, el pasaporte necesario para su familia.

A pesar de que sus hijas fueron bien recibidas por el ministro, tuvieron que permanecer en Valencia, durante todo el mes de abril, donde se habían trasladado desde Madrid, porque el gobierno les iba poniendo dificultades, hasta que les negó la salida. El día 27 de abril García Morente se

enteró de esta mala noticia y contestó a sus hijas que fueran a Barcelona, donde vivía un hermano de su mujer. Añade en su explicación que: «en seguida me invadió una enorme depresión física e intelectual. Durante unas horas estuve como alelado, indiferente, incapaz de pensar en lo que me sucedía (...) Todas mis ilusiones se venían al suelo. Tendría que renunciar a la cátedra de América, renunciar también a recobrar a mis hijas y nietos, continuar en París la vida sombría de insomnio y preocupaciones (...) Todo el día 27 y su noche estuve dándole vueltas a estos pensamientos particulares: mi situación, mis hijas, mi casa de Madrid, mi porvenir inmediato o remoto, el de los míos».

Al día siguiente quedó solo en el piso donde vivía, porque su amigo se había tenido que ausentar por unos días, pudo así reflexionar sobre sus problemas, pero lo hizo llevándolos al terreno de lo general, e investigándolos con su metodología filosófica. Intentó así resolver el problema del sentido de la vida desde tesis antiprovidencialistas enfrentándolas con otras que negaban el determinismo y admitían una providencia divina. Explica que: «Poco a poco me fui afianzando en la idea providencialista y llegué a formulármela de modo claro y explícito. Pero todavía mi pensamiento y mi imaginación caminaban por vías puramente abstractas y metafísicas. Pensaba en Dios; pero siempre en el Dios del deísmo, en el Dios de la pura filosofía, en ese Dios intelectual en el que se piensa, pero al que no se reza».

Durante el día 29 pensó que lo lógico era resignarse ante esa providencia «impersonal», pero después se dijo: «si Dios es el que hace los hechos de la vida y los da y atribuye y regala al hombre, yo puedo en cambio rechazar el obsequio (...) y decididamente los rechazo, no los quiero; no me someto al destino que Dios quiere darme; no quiero nada con Dios, con ese Dios inflexible, cruel, despiadado. Fue una especie de furia, una como tempestad de ira alborotó mi alma; la rabia de la impotencia disconforme, de la libertad ineficaz. Me apareció claramente que sólo una cosa era libre para mostrar mi oposición a esa Providencia, que se me antojaba inaccesible y hostil: quitarme la vida».

Se asustó, sin embargo, y se dio cuenta que el suicidio, en el que ya había pensado otras veces, «a nada conducía, que nada resolvía y que todavía menos podía resolver el problema teórico, metafísico, en que estaba intentando orientarme.

Y ese espanto era principalmente como miedo de haber sucumbido o estar sucumbiendo a alguna enfermedad mental. Seriamente me entró la preocupación de si no estaría empezando a desvariar. En realidad, había llegado al fondo de un callejón sin salida».

El «hecho extraordinario»

Después de este debate interno y de esta crisis se produjo ya la conversión. El momento de su vuelta a Dios lo recuerda así: «haciendo un esfuerzo enorme de voluntad, me impuse la obligación de tomar algún descanso, de procurarme algunas horas de tregua en el pensamiento. Se me ocurrió poner en marcha la radio para ayudarme a la distracción. Estaban radiando música francesa (...) en orquesta, un trozo de Berlioz, intitulado **L'enfance de Jesus** (...) Cuando terminó, cerré la radio para no perturbar el estado de deliciosa paz en que esa música me había sumergido. Y por mi mente empezaron a desfilar —sin que yo pudiera oponerles resistencia— imágenes de la niñez de Nuestro Señor Jesucristo. (...) Seguí representándome otros períodos de la vida del Señor (...) Y así poco a poco, fué agrandando en mi alma la visión de Cristo, de Cristo hombre, clavado en la Cruz, en una eminencia dominando un paisaje de inmensidad, una infinita llanura pululante de hombres, mujeres, niños, sobre los cuales se extendían los brazos de Nuestro Señor Crucificado».

García Morente comprendió perfectamente la naturaleza de este fenómeno, al que siguió inmediatamente la recuperación de la fe, pues añade a continuación: «no me cabe la menor duda que esta especie de visión no fue sino producto de la fantasía excitada por la dulce y penetrante música de Berlioz. Pero tuvo un efecto fulminante en mi alma. "Ese es Dios, ese es el verdadero Dios. Dios vivo; esa es la Providencia viva", me dije a mí mismo. Ese es Dios, que entiende a los hombres, que vive con los hombres, que sufre con ellos, que los consuela, que les da alimento y los trae a la salvación».

Una vez comprendido el amor de Jesucristo, que es Dios hecho hombre, y no «ese Dios teórico de la filosofía», se entregó sin reservas a la voluntad de Dios. «Cristo sufriendo como yo, más que yo, muchísimo más que yo, a ése sí que lo entiendo y ése sí que me entiende. A ése sí que puedo entregarle filialmente mi voluntad entera, tras de la vida. A ése sí que puedo pedirle, porque sé de

cierto que sabe lo que es pedir y sé de cierto que da y dará siempre, puesto que se dado entero a nosotros los hombres. ¡A rezar, a rezar! Y puesto de rodillas empecé a balbucir el Padrenuestro. Y ¡horror!, don José María, ¡se me había olvidado!».

Este extenso relato de su conversión, García Morente lo escribió en setiembre de 1940, para su director espiritual en el seminario de Madrid, José M.^a García de Lahiguera, después ordenado obispo. Se lo entregó para que juzgara sobre lo que le sucedió inmediatamente después de su conversión, que él mismo califica de «hecho extraordinario», y que «a nadie en el mundo, ni aun en confesión, he hablado jamás de las cosas que contiene esta tan larga relación. Ni pienso, ni deseo, ni siquiera jamás hablar de ello con nadie ni a nadie».

Al final de la exposición le decía que «mi más profundo deseo sería conocer y su consejo y no volver ni a aludir a esto siquiera ni aun con usted mismo» (11), sobre este suceso que no se repitió. (Sin embargo, el P. Lahiguera cuenta que: «yo preferí el silencio. El lo aceptó humildemente, pues ni indirectamente curioseó en mi opinión. ¡Esto es sacrificio de la curiosidad y verdadera humildad! ¡Murió, pues, sin saber mi juicio sobre el hecho más grande de su vida!» (12). Ni García Morente ni su director, mientras éste vivió, jamás enseñaron o hablaron de este documento, que no fue público hasta después de su muerte.

En aquella noche del 29 al 30 de abril de 1937, explica García Morente en el relato que, después de rezar como pudo oraciones olvidadas, «una inmensa paz se había adueñado de mi alma. Es verdaderamente extraordinario e incomprensible cómo una transformación tan profunda pueda verificarse en tan poco tiempo. (...) Sea lo que fuere, el hecho es que me veía a mí mismo hecho otro hombre». Se sentó en un sillón delante de la ventana de la habitación, y pensó en adquirir un libro de oraciones y un manual sobre la doctrina cristiana. «Compraré también los Santos Evangelios y una vida de Jesús. ¡Jesús, Jesús! ¡Bondad! ¡Misericordia! Una figura blanca, una sonrisa, un ademán de amor, de perdón, de universal ternura. ¡Jesús!».

Añade, a continuación, que «aquí hay un hueco en mis recuerdos tan minuciosos. Debí quedarme dormido. Mi memoria recoge el hilo de los suce-

sos en el momento en que despertaba bajo la impresión de un sobresalto inexplicable. No puedo decir exactamente lo que sentía: miedo, angustia, aprensión, turbación, presentimiento de algo inmenso, formidable, inenarrable, que iba a suceder ya mismo, en el mismo momento, sin tardar. Me puse de pie, todo tembloroso, y abrí de par en par la ventana. Una bocanada de aire fresco me azotó el rostro. Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. Allí estaba El».

Seguidamente describe esta experiencia con que fue favorecido. «Yo no lo veía, yo no lo oía, yo no lo tocaba. Pero El estaba allí. En la habitación no había más luz que la de una lámpara eléctrica de esas diminutas, de una o dos bujías, en un rincón. Yo no veía nada, no oía nada, o tocaba nada. No tenía la menor sensación. Pero El estaba allí. Yo permanecía inmóvil, agarrotado por la emoción. Y le percibía; percibía su presencia con la misma claridad con que percibo el papel en que estoy escribiendo y las letras —negro sobre blanco— que estoy trazando. Pero no tenía ninguna sensación ni en la vista, ni en el oído, ni en el tacto, ni en el olfato, ni en el gusto. Sin embargo, le percibía allí presente, con entera claridad. Y no podía caberme la menor duda de que era El, puesto que le percibía, aunque sin sensaciones».

Más adelante, en el mismo relato, exponiendo su reflexión sobre esta presencia o este sentimiento de presencia, precisa que «la formulación psicológica del Hecho podría ser la siguiente: una percepción sin sensaciones. Sin duda, en buena ciencia psicológica, no se concibe bien que pueda existir percepción sin sensaciones. Las sensaciones no faltan nunca ni en la alucinación (...) Pero el Hecho por mí vivido se caracteriza por la total ausencia de sensaciones. Dijérase una percepción por el alma sola, sin auxilio del cuerpo condicionante. Y si a la tal percepción por sola el alma no quiere dársele el nombre de percepción, llámesele como se quiera; en todo caso el hecho es una intuición de presencia desprovista de toda condicionalidad corpórea (sensación)».

En la descripción del fenómeno continúa diciendo: «¿Cómo es esto posible? Yo no lo sé. Pero sé que El estaba allí presente y que yo, sin ver, ni oír, no oler, ni gustar, ni tocar nada, le percibía con absoluta e indubitable evidencia. Si se me demuestra que no era El o que yo deliraba, podré no tener nada que contestar a la demostración, pero tan pronto como en mi memoria se ac-

(11) Idem, *Hecho extraordinario*, op. cit., pp. 58-77.

(12) Cf. M. de IRIARTE, *El profesor García Morente, sacerdote*, op. cit., p. 55.

tualice el recuerdo, resurgirá en mí la convicción inquebrantable de que era El, porque lo he percibido».

Indica también que no sabe cuánto tiempo duró la aparición, después intentó calcularlo, porque cuando se terminó pasó cerca un tren, y pudo averiguar su horario, aunque no sabía si había pasado o no con retraso. Aunque añade: «sí sé que no me atrevía a moverme y que hubiera deseado que todo aquello —El allí— durara eternamente, porque su presencia me inundaba de tal y tan íntimo gozo, que nada es comparable al deleite sobrehumano que yo sentía, era como una suspensión de todo lo que en el cuerpo pesa y gravita, una sutileza tan delicada de toda mi materia, que dijérase no tenía corporeidad, como si yo todo hubiese sido transformado en un suspiro o céfiro o hálito. Era una caricia infinitamente suave, impalpable, incorpórea, que emanaba de El y que me envolvía y me sustentaba en vilo, como la madre que tiene en sus brazos al niño. Pero sin ninguna sensación concreta de tacto».

Una nueva vida

Al día siguiente tomó la resolución de consagrarse a Dios. A través de un sacerdote francés amigo suyo se puso en contacto con el Abad del monasterio benedictino de Ligugé, cerca de Poitiers. Sin embargo, tuvo que cambiar de planes, porque el doctor Negrín había formado un nuevo gobierno y había autorizado la salida de España de su familia, que llegaron a París el 9 de junio. Como tenía que mantenerles, no tuvo otra opción que marcharse a impartir las clases en la Universidad de Tucumán. Partieron todos hacia Argentina el 20 de junio, y al cabo de un mes empezó su nueva actividad docente. Estos cursos, tomados taquigráficamente, fueron publicados en la misma Argentina con el título de **Lecciones preliminares de filosofía** (14) y después en España, conteniendo además otros escritos, y como obra póstuma, con el título de **Fundamentos de Filosofía**. Libros que tuvieron varias ediciones y un éxito enorme en el mundo universitario.

Finalizados estos cursos en mayo de 1938, y una vez dadas una serie de conferencias en varias ciu-

dades sudamericanas, determinó volver a España, porque había decidido, en lugar de ingresar en una orden religiosa, ser sacerdote y dedicarse al apostolado. Escribió una carta al Obispo de Madrid, Leopoldo Eijo, explicándole su conversión, pero no el «hecho extraordinario» y su vocación sacerdotal. Lo comunicó también a su familia, que ya habían advertido el cambio en su vida. A finales de junio llegaron a España, siendo recibidos por el Obispo, con quien García Morente se confesó y recibió de sus manos lo que llamó su «segunda Primera Comunión» (15).

Durante el curso 1938-39 residió en el monasterio de los padres Mercedarios de Poyo en Pontevedra, para prepararse para ingresar en el seminario de Madrid. Allí pudo recibir una sólida formación cristiana y formarse en el tomismo que desconocía totalmente (16). En el curso 1939-40 fue ya alumno interno del recién abierto Seminario de Madrid, al mismo tiempo que reanudaba también su magisterio en la cátedra de la Universidad de Madrid. En ambos lugares sufrió mucho por la desconfianza y celos de algunas personas.

Por dispensa especial, en un año cursó todas las materias, asistiendo a las clases que podía y examinándose a medida que se consideraba preparado. Fue ordenado sacerdote el día 21 de diciembre e 1940. Celebró su primera misa en la capilla del colegio de la Asunción de la calle Velázquez, donde había sido nombrado su capellán. Unía así su nueva vida al recuerdo de su esposa, formada en esta orden, igual que sus hijas. La menor poco tiempo después ingresaba en esta comunidad.

El imprevisible fallecimiento de García Morente, el día 7 de diciembre de 1942, a los cincuenta y seis años de edad, y aún no cumplidos dos de su ordenación sacerdotal, truncaba todas las esperanzas depositadas en este gran intelectual, convertido tan sólo hacía cinco años. Pero, él mismo había escrito, un poco antes que: «prefiero mil veces morir con Dios que vivir sin Dios. He vivido sin Dios y ahora me parece que entonces estaba como muerto. (...) Debe ser muy dulce morir en la paz de Dios: entrar suavemente en la eternidad con la sonrisa en los labios» (17).

(13) M. GARCIA MORENTE, **Hecho extraordinario**, op. cit., 78-86.

(14) Idem, **Lecciones preliminares de filosofía**, Buenos Aires, Losada, 1938 (se imprimieron varias ediciones); Idem, **Fundamentos de Filosofía**, Madrid, Espasa-Calpe, 1943 (también varias ediciones).

(15) María Josefa GARCIA MORENTE, **Notas biográficas de don Manuel García Morente**, op. cit. p. 32.

(16) Véase VV. AA. **Manuel García Morente y la orden de la Merced**, «Estudios» (Madrid) 1, (1945) pp. 146-191.

(17) Manuel GARCIA MORENTE, **Ejercicios espirituales**, op. cit., «Día 28, sábado», p. 90.

¡AMETE A TI Y ABORREZCAME A MI!

De San Agustín y del Kempis, libro 3.º, Capítulo XL

Luis CREUS VIDAL

ME GLORIARE SOLO EN TI SEA ALABADO TU NOMBRE Y NO EL MIO TUS OBRAS, Y NO LAS MIAS

Repetimos leyendo la «Imitación».

Continuando nuestro anterior artículo, donde señalábamos con el Kempis «¿dónde se hallará alguno tal que quiera servir a Dios de balde?», abrimos el Capítulo XI de l'Histoire d'une Ame» de Santa Teresa del Niño Jesús.

EL MAS PEQUEÑO MOVIMIENTO DE PURO AMOR...

Es aquel admirable fragmento, maravilloso, en el que la Santa halla la solución al verdadero martirio que venía sufriendo: la imposibilidad de atender a la multitud y universalidad de sus vocaciones.

«¡Mi vocación es el amor! Mi plaza está, por tanto, dentro del mismo corazón de la Iglesia!». En este corazón caben, simultáneamente, todas las vocaciones.

«¡Oh mi Jesús! exclama. «¡Yo os amo. Yo amo la Iglesia, mi Madre!», y proclama esta dirección tan admirable que nos señala San Juan de la Cruz: «El más pequeño movimiento de puro amor, le es (a Jesús) más útil que todas las demás obras reunidas, juntas».

Y dice el Santo: «útil».

¿Qué será la «utilidad» para Dios?

TRABAJADORES DE LA PRIMERA HORA

He aquí el ideal a que nos referíamos en nuestro anterior artículo. Ser generosos trabajadores de la «primera hora». Ser útiles, que aquí, en estas páginas de CRISTIANDAD, significa serlo, especialmente, de Cristo Rey. Y más ahora, cuando dicha realeza se olvida.

Pero, ¿cómo podemos soñar en ser útiles, cuando el propio Señor nos advierte: «Cuando hubiereis hecho todo lo que os está mandado, aún decir: siervos inútiles somos y sin provecho (Luc. XVII, Rom. 10).

Si esto dice el Señor a sus propias mejores almas de élite, ¿qué debemos nosotros decimos a nosotros mismos, a nosotros que, lejos de ser de «élite», no brindamos sino un peso casi negativo, incapaces, a lo largo de toda una vida, de haber hecho nada bueno?

Santa Teresita, maestra en la solución de todos nuestros problemas espirituales, nos ayuda a hallar el soñado auxilio, dentro de la humildad de la infancia espiritual, para intentar ser **útiles** a Dios de alguna manera.

No somos dignos de pedirle nada.

Pero osamos implorarle las riquezas de su misericordia.

El favor que suplicamos.

SEÑOR, AUMENTAD VUESTRA GLORIA, ¡QUE MEJOR DON PARA NOSOTROS!

Señor, le decimos. Si esperamos recibir vuestros favores y auxilio, los recibiremos, dádnoslos aumentando vuestra gloria. Glorificándoos en aquello que no os hemos podido glorificar.

Si os amamos, como es debido, por naturaleza y por agradecimientos a cuanto os debemos, mucho más que a nosotros mismos, por piedad hacia nosotros dadnos esta grande gracia. Un grado de aumento más en vuestra glorificación.

Y esta es nuestra inefable alegría. Porque este don que nos dais, desemboca en Vos mismo, a Quien amamos más que a nosotros.

Por misericordia hacia nosotros, accediendo a nuestras plegarias, aumentaréis vuestra Gloria. ¡Qué felicidad la nuestra, si os dignáis otorgar esta gracia para que, dejándonos de lado —si fue-

re preciso, aun en lo espiritual—, nos deis la infinita alegría de veros más glorificado, pese a nuestra incapacidad de hacerlo. Porque esta vuestra gloria es infinitamente más preciosa que la nuestra, y en ella hallamos nuestra felicidad suprema. ¡Señor, usad vuestra misericordia glorificandoos, que en ello hallaremos nuestra mayor alegría, ya que, repitámoslo, os amamos mucho más que a nosotros mismos!

Con ello, ¿qué más podemos ambicionar? Nosotros, importamos tan poco. «Amete a Ti y aborézcame a mí».

¡Qué dignificación la vuestra!

Por nuestro lado, esta muestra de humildísimo movimiento de puro amor, os será Señor—repitámoslo—, infinitamente más útil de cuantas obras podríamos tributaros. Nos lo enseña San Juan de la Cruz, y, a distancia inmensa, hallamos una solución a nuestro problema—a nuestros anhelos— vocacional por el camino de Santa Teresita. El de ser útiles a nuestro Cristo-Rey, sin ninguna paga.

LAS MEDITACIONES SOBRE EL SAGRADO CORAZON, DEL PADRE RAMIERE

Nuestro Padre Orlandis, nos enseñó aquella casi divina, admirable senda que, como los peldaños de una escala, nos conducen, facilitándonos nuestra vía a ascender hasta el Corazón de Cristo en tres maravillosas etapas: Santa Margarita María, el Padre Enrique Ramière y Santa Teresa del Niño Jesús.

Estamos en la VI Meditación. Y aquí ya hallamos nuestro ideal: la glorificación de Cristo, de Cristo Rey. Sin paga para nosotros: mejor dicho: constituyendo esto nuestra paga.

«En efecto —dice—, qué alegría es para mí el contemplar los esplendores que irradia en el Cielo vuestro Corazón, el océano de delicias en que está sumergido, y poderme decir: toda esta gloria me pertenece. Yo, tan humillado en mi existencia humana acá en la tierra, reino en lo alto de los Cielos en mi ser divino. Pues, el que está sentado a la diestra del Padre, el que adoran los ángeles, el que reconoce como a su Rey la Creación entera, no es solamente mi hermano, mi amigo, el esposo de mi alma; es mi Cabeza, el miembro principal del cuerpo divino en el cual quedé injertado por el bautismo; su Corazón es el principio de mi vida sobrenatural».

X MEDITACION. APROPIARNOS LOS INTERESES DEL CORAZON DE JESUS

«... El primer fruto que ha debido producir en nosotros la devoción a vuestro divino Corazón, ¡oh Jesús!, es el realizar en cada uno la palabra conmovedora que dirigíais a cada uno de vuestros Apóstoles la víspera de vuestra muerte: «No os llamaré siervos, quiero llamaros mis amigos: Jam non dicam servos; vos dixi amicos»... Por lo tanto no queremos en adelante ¡oh nuestra Divina Cabeza, tener otros intereses que los vuestros!... Mis verdaderos intereses ¡oh Jesús! son aquellos que preocupan de continuo vuestro Corazón, los intereses de la Gloria de vuestro Padre y de la salvación de las almas...

Si os amo con sinceridad ¡oh Dios mío! no perderé de vista un solo instante de estos intereses inmensos. Un poeta antiguo pronunció una setencia que yo me aplicaré, modificándola: «Homo sum, et humani nihil a me alienum puto». «Soy hombre, y nada de lo humano puede serme indiferente». Con mayor motivo podemos decir los cristianos: «Christianus sum, et Christi nihil a me alienum puto». «Soy cristiano, y nada de lo que atañe a Jesucristo puedo considerarlo como extraño a mí».

XI MEDITACION. SACRIFICAR LOS INTERESES TERRENOS A LOS INTERESES DIVINOS DEL CORAZON DE JESUS

«...Mas este amor (nos dice refiriéndose al más legítimo), es, todavía muy imperfecto. Se os ama, sin duda, a causa de vuestra infinita amabilidad, ¡oh Dios soberanamente bueno!, pero también se os ama a causa de los goces que procura vuestra gracia. Es preciso que esta mezcla desaparezca, y que no seáis amado sino por Vos mismo.

(Y aquí Ramière entra en su noche oscura, presagiando quizá la gran prueba contra la Fe a que se verá sometida Santa Teresa del Niño Jesús). Para ello exclama el Padre: No tardaréis, Dios mío, en privar a estos corazones, tiernos aún, de la leche de las consolaciones... Al día siguiente que nos alumbraba sucederá una noche sombría; será preciso (y dice casi lo mismo que Santa Teresita) caminar sin más antorcha que la de la Fe, y apoyarse en Vos por la esperanza, sin veros y sin sentirlos.

«¿Es esto suficiente, oh Dios mío? El alma que ha soportado estas pruebas con generosidad, ¿queda siempre bastante pura, bastante desprendida de todas las cosas para unirse perfectamente a Vos? No; quédale todavía para llegar a esta unión consumada, el grado más difícil de traspasar. Después de desprendido de todo lo sensible, puede uno conservar cierta secreta estimación de su propia virtud, cierta confianza en sus luces y en su energía natural, cierta complacencia en sus buenas obras... Queda todavía una mezcla, y no es posible que os entreguéis aun sin reserva a ese corazón que no os ama puramente por Vos.

Le quitáis por completo la vista de su propia justicia y el sentimiento del amor que os profesa. No os ama ya sino para atormentarse de no poder amaros. Parece que todas sus virtudes le abandonan... Al mismo tiempo siéntese este pobre corazón envuelto en iniquidades, lleno de malos sentimientos que o puede dejar de atribuirse a sí mismo a pesar de que los aborrece. Se siente presa de una desesperación que nada puede calmar; se cree ya en el infierno...».

«Y, no obstante, nunca os halláis tan cerca del alma como cuando ella se cree entregada de este

modo por completo al espíritu del mal. Nunca está en realidad más llena de vuestro amor que cuando cree aborreceros... Por eso ¡cuán pura es la luz que hacéis brillar a los ojos del alma cuando ha llegado al término de esta terrible prueba!... Es la resurrección después de la agonía; es el paraíso en la tierra; pero las glorias de este paraíso se reservan a las almas bastante generosas para soportar en la tierra el fuego del purgatorio. Cuán raras son estas almas, ¡oh Dios mío!».

«Cualquiera que sea el grado a que haya llegado en la senda del puro amor, Dios mío, dadme el deseo y la voluntad de realizar nuevos progresos...».

«Soy vuestro, Dios mío, y no tengo otro deseo que el de unirme a Vos. Haced de mí lo que queráis; hacedme pasar por todas las vicisitudes y por todos los estados; la noche, el día, la consolación o la desolación, la vida o la muerte, todo lo acepto. Quiero saber prescindir de todo, incluso, si es preciso, de la dicha de saber que os amo y que soy amado de Vos. No quiero en adelante buscar sino una cosa, oh Dios mío; y esta única cosa, no me la sabrías negar: vuestro puro amor».

La esperanza en el Reino de Dios que vendrá

Las fórmulas secularizadas de esperanza del Reino de Dios, que querían transformarlo en un reino de la omnipotencia humana, han causado graves consecuencias al justo interés de los hombres por el progreso y por el desarrollo. En consecuencia, hoy, justamente en el mundo de las civilizaciones altamente industrializadas, la desilusión y el miedo, la resignación y una amarga negación del futuro están particularmente difundidas.

En última instancia existe solamente una alternativa para la ciega confianza del hombre en su ilimitada potencia futura y también para su rechazo y para su desesperación ante el futuro: creer en un futuro que, más allá de todas las posibilidades humanas, pero también al margen de todos los peligros que amenazan al hombre, Dios mismo nos ha prometido y descubierto en Jesucristo una vez por todas: la esperanza en el futuro de Dios, en su Reino que vendrá.

Lo que San Agustín dice de un hombre, individualmente considerado, vale también para la sociedad y para toda la humanidad. Inquieto está el corazón de la humanidad hasta que no encuentra la paz en la esperanza y en la confianza en el Reino de Dios que viene y que un día se cumplirá.

Mensaje del Papa a los participantes en el 89 Katholikentag (10 septiembre 1986)

No se hizo semejante al diablo el hombre por tener carne, de que carece el diablo, sino por vivir según él mismo, es decir, según el hombre. También el diablo quiso vivir según él mismo, cuando no se mantuvo en la verdad. Y de este modo habló mentira, no de Dios, sino de sí propio, que no sólo es mendaz, sino el padre de la mentira. El fue el primero que mintió, y el principio del pecado es el mismo que el de la mentira.

En consecuencia, cuando el hombre vive según el hombre y no según Dios, es semejante al diablo. Porque ni el ángel debe vivir según el ángel, sino según Dios, para mantenerse en la verdad y hablar de la verdad, que viene de Dios; no la mentira, que nace de sí mismo.

(San Agustín, **La Ciudad de Dios**, XIV)

Debemos finalmente añadir que las impresionantes palabras del Apóstol Juan: «El mundo todo está bajo el maligno» (1 Jn 5, 19), aluden también a la presencia de Satanás en la historia de la humanidad, una presencia que se hace más fuerte a medida que el hombre y la sociedad se alejan de Dios. El influjo del espíritu maligno puede «ocultarse» de forma más profunda y eficaz: pasar inadvertido corresponde a sus «intereses»: La habilidad de Satanás en el mundo es la de inducir a los hombres a negar su existencia en nombre del racionalismo y de cualquier otro sistema de pensamiento que busca todas las escapatorias con tal de no admitir la obra del diablo.

(Juan Pablo II,
Catequesis en la Audiencia general de 13 de agosto)

«Satanás», el espíritu rebelde, quiso el propio reino, no el de Dios, y se erigió en primer «enemigo» del Creador, en opositor de la Providencia, en antagonista de la sabiduría amorosa de Dios.

(Juan Pablo II,
Catequesis en la Audiencia general de 23 de julio)

CRISTIANDAD

LAURIA, 19, 2.º, 1.ª
TELEFONO 317 47 33
08010 BARCELONA

Suscripción anual para España	1.500 pesetas
Suscripción extranjero	15 dólares
Precio del número suelto	300 pesetas